

GRISELD
GAMBARO A
EL DESAFÍO DE LA LUCIDEZ



Editorial Universidad de Sevilla

Colección Escritores del Cono Sur

Directora de la Colección

Prof.^a Dr.^a Carmen de Mora Valcárcel

Consejo de redacción

Prof. Dr. Jose M^a Candau Morón. Universidad de Sevilla.
Prof.^a Dr.^a Yolanda Congosto Martín. Universidad de Sevilla.
Prof. Dr. Miguel Ángel Cuevas Gómez. Universidad de Sevilla.
Prof. Dr. Alfonso García Morales. Universidad de Sevilla.
Prof. Dr. Manuel Jesús Gómez de Tejada Fuentes. Universidad de Sevilla.
Prof. Dr. Emilio José Luque Azcona. Universidad de Sevilla.
Prof.^a Dr.^a María José Mora Sena. Universidad de Sevilla.
Prof.^a Dr.^a Marta Palenque. Universidad de Sevilla.
Prof.^a Dr.^a M^a Concepción Pérez Pérez. Universidad de Sevilla.
Prof. Dr. Pablo Emilio Pérez-Mallaína Bueno. Universidad de Sevilla.
Prof. Dr. Juan Antonio Prieto Pablos. Universidad de Sevilla.
Prof.^a Dr.^a Carmen Ramírez Gómez. Universidad de Sevilla.
Prof. Dr. Manuel Ángel Vázquez Medel. Universidad de Sevilla.
Prof.^a Dr.^a Beatriz Vitar Mukdsi. Universidad de Sevilla.

Comité científico

Prof.^a Dr.^a Carmen Alemany Bay. Universidad de Alicante.
Prof. Dr. Karim Benmiloud. Université Paul-Valéry Montpellier III.
Dr.^a María Carolina Blixen. Biblioteca Nacional de Uruguay.
Prof. Dr. Vicente Cervera. Universidad de Murcia.
Prof.^a Dr.^a Beatriz Colombi. Universidad de Buenos Aires.
Prof.^a Dr.^a Rose Corral Jorda. Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, Colegio de México.
Prof.^a Dr.^a Patricia Espinosa Hernández. Universidad de Chile.
Prof.^a Dr.^a Geneviève Fabry. Universidad Católica de Lovaina (Louvain-la-Neuve, Bélgica).
Prof.^a Dr.^a Rosa García Gutiérrez. Universidad de Huelva.
Prof. Dr. Robin Lefere. Université Libre de Bruxelles.
Prof.^a Dr.^a Inmaculada Lergo. Academia Peruana de la Lengua.
Prof.^a Dr.^a Ilse Logie. Universiteit Gent.
Prof.^a Dr.^a María Rosa Lojo. Centro de Estudios Críticos de Literatura Argentina, Universidad del Salvador, Buenos Aires.
Prof.^a Dr.^a Celina Manzoni. Universidad de Buenos Aires.
Prof.^a Dr.^a Carmen Márquez Montes. Universidad de Las Palmas.
Prof. Dr. Daniel Mesa Gancedo. Universidad de Zaragoza.
Prof.^a Dr.^a Francisca Noguerol Jiménez. Universidad de Salamanca.
Prof.^a Dr.^a Teresa Orecchia Havas. Université de Caen Basse-Normandie.
Prof. Dr. Julio Ortega. Brown University.
Prof.^a Dr.^a Rosa Pellicer Domingo. Universidad de Zaragoza.
Prof.^a Dr.^a Carmen Ruiz Barrionuevo. Universidad de Salamanca.
Prof. Dr. Aníbal Salazar Anglada. Universitat Ramon Llull.

Gracia Morales Ortiz
(coordinadora)

GRISELDA
GAMBARO A
EL DESAFÍO DE LA LUCIDEZ



SEVILLA 2022

Colección: Escritores del Cono Sur

Número: 11

COMITÉ EDITORIAL:

Araceli López Serena
(Directora de la Editorial Universidad de Sevilla)
Elena Leal Abad
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

© Editorial Universidad de Sevilla 2022
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <https://editorial.us.es>

© Gracia Morales Ortiz (coord.) 2022

© De los textos, sus autores 2022

Impreso en España-Printed in Spain
Impreso en papel ecológico

ISBN: 978-84-472-3125-6
Depósito Legal: SE 57-2022

Maquetación: ed-Libros. Fernando Fernández
Impresión: Podiprint

Índice

Gracia Morales Ortiz: Presentación de volumen.....	9
Griselda Gambaro: EL CAMPO	13

Telón de fondo: la poética dramática de Gambaro y su contexto

Jorge Dubatti: Para una relectura del teatro de Griselda Gambaro desde la poética expresionista.....	53
Stéphanie Urdician: El gran teatro de un mundo inmundo. La poética de la ambigüedad de Griselda Gambaro entre tradición grotesca y vanguardia absurdista	65
Yolanda Ortiz Padilla: ¿Cómo desmontar las falsas opciones de la polémica teatral de los sesenta?	83
Alba Saura Clares: Griselda Gambaro, más allá del texto: del espacio a la puesta en escena	103
Luis Emilio Abraham: Lo importante de Gambaro según Daulte: el terror <i>gore</i>	121

Los andamiajes: etapas y temas en la dramaturgia de Gambaro

Milena Bracciale Escalada: La progresión de una imagen: sentidos y contrasentidos en torno al campo como constructo alegórico en la primera etapa de la dramaturgia gambariana.....	141
Álvaro Salvador: El silencio grita. El teatro histórico de Griselda Gambaro	157
M ^a Nieves Martínez de Olcoz: Subjetividad femenina: apropiación y subversión en <i>Cuatro ejercicios para actrices y Atando cabos</i>	171

Susana Tarantuviez: Del amor enajenante de <i>La señora Macbeth</i> a <i>La persistencia</i> del odio.....	189
---	-----

**Luz cenital:
revisión de algunos textos**

Vicente Cervera Salinas: <i>La malasangre</i> o el heroico grito del silencio	207
Ricardo Dubatti: El "gran compartir" de la memoria: <i>Del sol naciente</i> (1983/1984), de Griselda Gambaro, una lectura crítica feminista de la Guerra de Malvinas	221

**En la extraescena:
aproximaciones a otros géneros**

Laura Destéfani: La escritura como acto erótico en <i>Lo impenetrable</i>	241
Gracia Morales Ortiz: Poder, sumisión y rebeldía en los relatos de Griselda Gambaro	253
Ana Sánchez Acevedo: <i>El teatro vulnerable</i> y la experimentación en las prácticas escénicas contemporáneas.....	267
Gracia Morales Ortiz: Bibliografía selecta.....	285

Presentación de volumen

GRACIA MORALES ORTIZ
Universidad de Granada (España)

Haber coordinado y presentar ahora este volumen ha supuesto una labor tan apasionante, por la autora que protagoniza los estudios que aquí se reúnen, como complicada y excepcional, por las circunstancias de pandemia mundial en que se ha desarrollado buena parte de esta tarea. Quiero, entonces, empezar agradeciendo a las personas cuya colaboración ha resultado imprescindible para sacarlo adelante, en medio de tanta incertidumbre: a Griselda Gambaro, por su sencilla cordialidad cada vez que me ha atendido por teléfono, a quienes me ayudaron a contactar con ella o hicieron de intermediarios (Carlos Ianni, Lucas Distéfano y Graciela Rodríguez) y, cómo no, a cada uno de los trece estudiosos y estudiosas que nos ofrecen aquí su lectura, profunda, atenta, elocuente, superando los obstáculos de diferente tipo a los que hemos tenido que enfrentarnos desde marzo de 2020.

La obra de Griselda Gambaro (Buenos Aires, 1928) ha alcanzado repercusión y prestigio internacional debido, sobre todo, a su aportación a la dramaturgia escrita en lengua española. No obstante, ella es, en un sentido amplio, una mujer de letras, que comenzó, de hecho, escribiendo narraciones y que nunca abandonará del todo este género. Tanto es así que sus primeros textos teatrales, *Las paredes* y *El desatino*, que la llevan a irrumpir con fuerza (y de forma transgresora) en el ámbito teatral argentino de los años 60, provienen de dos *nouvelles* anteriores con el mismo título. Desde entonces, Gambaro ha publicado y estrenado alrededor de cuarenta piezas teatrales –entre las que podemos destacar *Los siameses* (1965), *El campo* (1967), *La malasangre* (1981), *Antígona furiosa* (1986), *Lo que va dictando el sueño* (1999), *Mi querida* (2001) o su más reciente *Querido Ibsen: soy Nora* (estrenada en 2013)–, nueve novelas, varias colecciones de relatos, narraciones para la infancia y un volumen donde se recopilan sus ensayos, titulado *El teatro vulnerable* (2014).

Consideramos que el título elegido para este libro, *Griselda Gambaro. El desafío de la lucidez*, pone de manifiesto dos de las nociones fundamentales que sostienen la obra de esta escritora: sus textos suponen un verdadero desafío para el receptor, que se ve obligado a insertarse en mundos incómodos, desazonantes, donde se nos presentan de forma contundente el abuso de poder, la violencia, la injusticia, la pasividad y la indiferencia de las sociedades que habitamos; pero Gambaro lo hace, además, desde una actitud lúcida, no reduccionista, sin dogmatizar ni proponer soluciones fáciles. El carácter metafórico, irónico, alegórico o de revisión histórica que conllevan muchas de sus obras, convoca a un receptor activo y cómplice, invitado a intuir lo que no se presenta de forma explícita.

Desafío y lucidez resultan, además, dos conceptos muy elocuentes para acercarse al texto de Griselda Gambaro con el que tenemos el privilegio de abrir este libro: *El campo*. Se trata de una de sus obras emblemáticas, estrenada por primera vez en 1968. Considerada en su momento como un revelador augurio de la feroz represión que se desataría años después en Argentina, se trata de un texto con validez universal, que, con el paso de los años, no ha perdido ni su vigencia ni su capacidad para inquietar y conmover a los lectores.

Posteriormente, se recopilan los catorce trabajos teóricos que componen este libro. Hemos de decir que son múltiples los enfoques desde los que la crítica ha ido iluminando una producción tan exigente como rica en matices: la dicotomía víctima/victimario como eje del conflicto y de la progresión dramática; el papel renovador de sus aportaciones al campo teatral argentino; la presencia de los personajes femeninos y el paulatino despertar de su autonomía y su espíritu rebelde; la interrelación de su producción con líneas del teatro argentino e internacional, como el grotesco, el absurdo, el expresionismo o el teatro de la crueldad; la presencia de temáticas como la violencia política y el exilio, etc. Según podrá comprobarse, los trabajos que integran este volumen transitan por todas estas posibilidades de acercamiento, componiendo un panorama enriquecedor y complejo.

Para aportar organicidad, hemos dispuesto estos estudios en cuatro partes, para cuyos títulos introductorios hemos elegido utilizar conceptos ligados tradicionalmente al ámbito del teatro, queriendo, así, hacerle un guiño cómplice a la vinculación de la autora con este género.

La primera de las secciones, “Telón de fondo: la poética dramaturgica de Gambaro y su contexto”, engloba cinco capítulos que se acercan a la obra dramática de Gambaro, insertándola en marcos literarios más amplios (que funcionan como un cierto “telón de fondo”) y, en ocasiones, generando lecturas comparatistas. Comenzamos con Jorge Dubatti, quien reflexiona sobre la relación de la producción gambariana con la poética expresionista y analiza concretamente su presencia en la obra *Nada que ver* (1970). Por su parte, Stéphanie Urdician se centra en cómo Gambaro actualiza motivos y recursos propios del grotesco y del absurdo en sus propuestas dramáticas, consiguiendo conjugar ambas tendencias mediante una voz propia. En el tercero de los estudios ofrecidos, Yolanda Ortiz Padilla revisita un momento crucial del ámbito teatral argentino: la polémica que tuvo lugar entre realistas y vanguardistas en los años 60, evidenciando el papel transgresor de Gambaro en ese contexto. En el capítulo firmado por Alba Saura Clares encontramos una aproximación diferente, ya que se nos propone una panorámica sobre el uso de lo espacial en los textos gambarianos, para observar cómo evoluciona su concepción visual y cómo se entiende el tránsito de lo textual a lo escénico. Finalmente, la investigación de Luis Emilio Abraham pone a dialogar la voz de Gambaro con las nuevas generaciones de la dramaturgia argentina, destacando, en concreto, su influencia en Javier Daulte y su texto *Gore*.

Llegamos así al segundo grupo de aproximaciones, que hemos englobado bajo el título “Los andamiajes: etapas y temas en la dramaturgia de Gambaro”. Encontramos aquí cuatro trabajos, centrados ya plenamente en la obra teatral de nuestra autora argentina, dedicados a discernir visiones sobre etapas o temáticas específicas, que funcionan

como “los andamiajes” de su propuesta teatral. Los hemos ordenado según el periodo de la producción gambariana que abordan. Así, el primero de ellos, firmado por Milena Bracciale, repasa cómo funciona el constructo alegórico del entorno campestre en sus textos de los años 60, desde *Las paredes* hasta *El campo*. Seguidamente, Álvaro Salvador nos ofrece una aproximación a lo que denomina su “Trilogía Histórica”, compuesta por tres obras de los años 80, *Real Envido*, *La Malasangre* y *Antígona Furiosa*, para evidenciar lo que en ellas hay de reescritura de la tradición teatral universal y cómo se metaforiza la situación argentina. En tercer lugar, nos encontramos con la investigación de María Nieves Martínez de Olcoz donde se propone un acercamiento feminista a la obra gambariana y a la repercusión de la presencia corporal de la actriz, a través de la lectura de *Cuatro ejercicios para actrices* (1970) y *Atando cabos* (1991). Por último, Susana Tarantuviez centra su atención en dos textos de Gambaro gestados ya en el siglo XXI: *La señora Macbeth* y *La persistencia*; Tarantuviez revisa en ambos el concepto del poder y el tipo de vínculo que establece con los personajes femeninos.

La tercera sección contiene dos trabajos que presentan prolijas revisiones de sendos textos teatrales: Vicente Cervera se centra en la obra *La malasangre*, para destacar, especialmente, al personaje de Dolores y su transformación liberadora durante la pieza; y Ricardo Dubatti analiza *Del sol naciente*, evidenciando las vinculaciones de esta pieza ambientada en Oriente con la guerra de las Malvinas. Para acoger estos dos trabajos hemos utilizado el término “luz cenital”, que, como sabemos, nombra un recurso usado en los escenarios cuando se quiere que el espectador se fije en un lugar acotado y específico.

Un libro como este, que tiene la vocación de abordar de la forma más exhaustiva posible la trayectoria de una figura literaria, no debía desatender las incursiones de Gambaro en otros discursos no dramáticos. De ahí que se incluya un cuarto apartado, bajo el título “En la extraescena: aproximaciones a otros géneros”. En el primero de los tres trabajos que lo componen, Laura Destéfánis lleva a cabo una minuciosa lectura de la novela *Lo impenetrable*, dilucidando sus condiciones de producción (durante el exilio de la autora) y la transgresión del género erótico que propone. En el segundo de los trabajos recogidos, yo misma propongo un acercamiento a la narrativa corta gambariana, atendiendo a la presencia de la temática del poder en la recopilación *Relatos reunidos*. Finalmente, Ana Sánchez Acevedo se centra en otro de los géneros transitados por Gambaro: el del ensayo. La investigadora agudiza su mirada sobre algunos de los trabajos que se recopilan en su *El teatro vulnerable*, para analizar las opiniones que la autora vierte sobre algunas de las tendencias más recientes del teatro en Argentina.

Finalmente, se ha incorporado al volumen una bibliografía selecta donde, además de dar cuenta de las obras publicadas por Griselda Gambaro (dividiéndolas en teatro, novela, narrativa infantil y juvenil, cuento, textos teóricos y entrevistas), se recopilan también los estudios más significativos que, hasta la fecha, han aparecido sobre su obra.

Antes de cerrar esta breve presentación, quiero agradecer a la profesora Carmen de Mora la propuesta de coordinar este libro, para la ya consolidada y excelente colección “Escritores del Cono Sur”. Ella, consciente de las difíciles circunstancias en las que se ha gestado, ha sabido esperar a que pudiéramos cumplir con el “desafío” de sacarlo adelante.

EL CAMPO

(1967)

GRISelda GAMBARO

Estrenada el 11 de octubre de 1968 en el teatro Sha de Buenos Aires, con el siguiente reparto:

Personajes

Martín: Ulises Dumont

Franco: Lautaro Murúa

Emma: Ina Ledesma

El Afinador: Víctor Manso

Un Funcionario: Isidro Fernán Valdéz

Grupo de SS: Néstor Davio, Jorge García Alonso, Fernando Rozas, Oscar Maurente

Grupo de presos: Daniel Barbieri, Kado Kotzer, Sebastián Lafi, Omar Montesi, Mario Otero, Lorenzo Quinteros, Atilio Régolo, Horacio Romeu, Eduardo Tegli, Sergio Yolis

Enfermeros: Lorenzo Quinteros, Horacio Romeu, Eduardo Tegli, Sergio Yolis

Escenografía y vestuario: Leal Rey

Puesta en escena y dirección: Carlos Augusto Fernandes

ESCENA 1

Interior de paredes blancas, deslumbrantes. Hacia el costado izquierdo de la escena, como únicos muebles, un escritorio, un sillón y una silla. Un cesto para papeles. Dos puertas, una a derecha, interior, y otra a izquierda, exterior. Una ventana a foro.

Después de un momento, se abre la puerta de la izquierda y se escucha una voz cortés que dice:

Criado: Pase, deje las valijas acá. El señor lo atenderá en seguida.

(Entra Martín. Viste sobretodo, guantes, bufanda. Se quita los guantes y la bufanda y los deposita sobre el escenario. Se sienta en la silla. Sus gestos son pausados, tranquilos. Saca un chicle del bolsillo y se lo pone en la boca. Se escucha de pronto una algarabía de chicos, mezclada extrañamente con órdenes secas, autoritarias, donde lo más que se puede entender es un confuso "¡un! ¡dos!". Debajo de todo esto, subsiste una especie de gemido,

arrastrándose tan subterráneamente que por momentos parece una ilusión auditiva. Martín se levanta y atiende, sin dejar de mascar. Observa la superficie limpia del escritorio, donde solamente hay un aparato de intercomunicación, aprieta uno de los botones y se oye un tema anodino y lavado, como de música funcional. Sonríe y vuelve a apretar el botón. Cesa también el ruido exterior. Se sienta. Alguien corre por el pasillo exterior y una voz entre furiosa y divertida grita: "¡Corra! ¡Por ahí, no! ¡Por ahí, no!". Se oyen muy cerca, ladridos feroces, como de perros que se ensañaran con alguien. La puerta se abre por un segundo y vuelve a cerrarse, fuertemente. Cesa todo ruido. Martín se encamina hacia la puerta y la abre. Mira. No ve nada, porque vuelve a cerrarla con un encogimiento de hombros. Recoge la bufanda y los guantes del escritorio y los guarda en el bolsillo del sobretodo. Inicia un gesto para sacarse esta prenda, cuando la puerta de la derecha se abre y entra Franco. Viste uniforme reluciente de la SS y lleva un látigo sujeto a la muñeca. A pesar de esto, su aspecto no es para nada amenazador, es un hombre joven, de rostro casi bondadoso. Entra con aire atareado, lleva tantos papeles y carpetas viejas en las manos y bajo el brazo, que no da abasto y los va perdiendo por el camino).

Franco: *(se queja bonachonamente, mientras recoge los papeles)* ¡Estos chicos! ¡Estos chicos! ¡Parecen potros! *(Deposita los papeles y carpetas sobre el escritorio. Con naturalidad, se saca el látigo de la muñeca y lo empuja con el pie debajo del mueble. Tiende la mano a Martín)* Acá estoy por fin. ¿Cómo le va? ¿Esperó mucho?

Martín: *(lo mira sorprendido)* No.

Franco: *(inclinándose para recoger otros papeles del suelo)* Sáquese el sobretodo. *(Martín se inclina para ayudarlo)* No, deje. Yo estoy acostumbrado a que se me caiga todo, ¡soy un torpe! *(Se desabotona un poco la chaqueta)* ¡Uf, qué calor!

Martín: *(inclinándose debajo del escritorio para recoger un papel)* Acá hay otro.

Franco: *(lo aparta con el pie para que no toque el látigo. Seco)* No, deje.

Martín: *(irritado)* Perdón, ¿qué significa?

Franco: *(señalando los papeles, indignado)* Así está todo, ¡un desorden de puta! *(Se sienta en el sillón. Indicándole la silla, al otro lado del escritorio. Amable)* ¡Siéntese! ¿Cómo le va? Sáquese el sobretodo.

Martín: *(se sienta)* Estoy bien.

Franco: *(sin escucharlo)* Tenemos buena calefacción. Un poco de frío, un poco de calor, el resto es el clima ideal. *(Vuelve a escucharse la misma algarabía de chicos, de órdenes, de gemidos ahogados. Franco aprieta un botón del intercomunicador. Con voz pausada, pero autoritaria y amenazadora)* Que se callen los chicos. *(Cesa el barullo. Sonríe, pone las manos sobre la montaña de papeles desordenada sobre el escritorio)* Acá está todo. Bueno, solamente una parte, los libros están en la oficina. *(A Martín, que lo ha estado observando entre divertido y fastidiado. Amable)* ¿Qué le sorprende?

Martín: Nada.

Franco: No, ¡dígalo!

Martín: El uniforme.

Franco: (*admirado*) ¡A todos les pasa lo mismo! ¡Qué época de mierda!

Martín: ¿Pero por qué ese uniforme?

Franco: ¿Y cuál me iba a poner?

Martín: ¿Para qué?

Franco: Me gusta. Los gustos hay que dárselos en la vida. No hago mal a nadie. Estoy desarmado. (*Bruscamente*) ¿Judío?

Martín: (*sonríe*) No.

Franco: ¿Comunista?

Martín: No. (*Mastica. Una pausa. Se inclina hacia Franco*) Dígame, ¿qué importa?

Franco: (*alelado*) ¿Qué hace? ¿Masca chicle? (*Para sí, con una sorpresa desagradable*) ¿Qué costumbre más repugnante!

Martín: (*sin inmutarse*) Fumo menos.

Franco: Yo mascaba un palito de regaliz. (*Abre el cajón del escritorio*) ¿Quiere uno?

Martín: No, no. No lo aguanto.

Franco: Yo no aguanto el chicle.

Martín: (*sin inmutarse*) ¿Sí? ¿Para tanto? (*Señala los papeles*) ¿Vemos un poco?

Franco: (*cortés*) ¡Llegó ahora! No soy un negrero. (*Se sacude la chaqueta*) Esto puede darle una impresión equivocada, pero... ¡no soy un negrero!

Martín: (*sonríe*) Lo sé. Usted trajo los papeles, me interesa dar un vistazo.

Franco: (*tímidamente*) ¿No lo dice por compromiso?

Martín: No. No estoy cansado del viaje.

Franco: ¡Qué bien! (*Seco*) Pero no creo que podamos trabajar si usted masca chicle. Realmente, no lo creo. (*Casi con grosería, Martín escupe el chicle sobre el canasto. Franco, exageradamente agradecido*) ¡Gracias, gracias! (*Se oyen voces y risas de chicos, sin órdenes interpuestas ni gemidos, esta vez. Franco atiende, sonríe*) Escuche a los chicos. No obedecen. Juegan en el patio. (*Con una extraña sonrisa*) Uno se quería meter aquí. (*Ríe. Bruscamente*) ¿Qué piensa del Vietnam? Perdone que le pregunte. ¿A mí qué me importa?

Martín: Nada. (*Harto*) ¿Vemos los papeles?

Franco: Ahora. Para mí el asunto es bastante escabroso. (*Se recuesta en el sillón*) ¿Está bien, está mal? Los norteamericanos son fuertes, una gran nación. Los otros yo no los conozco. ¿Usted los conoce?

Martín: (*seco*) No. (*Saca otro chicle y se lo pone en la boca*).

Franco: (*mientras lo mira cada vez con mayor repugnancia*) Nadie los conoce, es difícil tener una idea justa, entonces. A los judíos los conoce todo el mundo. A los comunistas, menos, pero por ahí, hay algún emboscado. No es tan difícil. Rusos, hemos

leído a comunistas rusos, a Gorki, yo lo he leído. La Madre. ¡Qué libro! A... *(no recuerda, no sabe o está obsesionado mirando a Martín que masca)* ... a muchos. *(Suplica, casi desfalleciente)* Déjelo. *(Martín deja de mascar por un momento. Franco, con nuevos bríos)* Pienso en los escritores vietnamitas, mire, no hago distinción, survietnamitas, norvietnamitas, es igual para mí, ¿quién los conoce, quién los ha leído? ¿En qué idioma hablan? Un asunto insoluble. *(Con suavidad)* ¿No puede dejar el chicle?

Martín: Me entretiene.

Franco: *(humilde)* ¿Mi conversación no lo entretiene?

Martín: Sí, mucho.

Franco: ¿Y entonces?

Martín: Me gusta ir al grano. *(Una pausa)* Perdón, no quise ser descortés.

Franco: No, no es descortés. *(Pega con el puño sobre el escritorio)* ¡Gente derecha!

Martín: *(señala los papeles)* ¿Qué es eso? ¿Cómo no está foliado?

Franco: *(divertido)* ¡Qué va a estar foliado! ¡Está p'al cuerno!

Martín: Bueno, por algún lado vamos a empezar. *(Se levanta con la intención de inclinarse sobre las hojas).*

Franco: ¡Quédese quieto! Yo le alcanzo las hojas. ¡Por orden! Siéntese. *(Martín se sienta, mascando. Franco revuelve sin concierto)* ¡Qué calor! Reviento. *(Se desabotona casi completamente la chaqueta)* Aquí están las planillas. Personal en la empresa desde... *(Inicia el gesto de tenderle una hoja a Martín, pero se detiene. Seco)* Bueno, largue el chicle.

Martín: *(tiende la mano)* Permítame.

Franco: La contabilidad está muy embrollada. Va a tener un buen trabajo.

Martín: Para eso me contrataron.

Franco: *(con envidia, los ojos para afuera)* ¡Y con qué sueldo! *(Se apantalla con la hoja)* Usted debe creer que soy estúpido.

Martín: *(harto)* No. Generoso.

Franco: *(dulce)* ¡Muy lindo! *(Vuelve a depositar la hoja sobre el montón)* Vamos, lárguelo.

Martín: ¿Qué?

Franco: *(le señala la boca. Irritado y autoritario)* ¡Lárguelo! *(Furioso, Martín escupe el chicle. Franco, bruscamente)* ¿Usted dice yankis?

Martín: No.

Franco: Los norteamericanos son buenos escritores. Yo conozco a muchos. Los Beatniks, Ferlinguetti, gente con garra, sin miedo. ¿Pero cuántos podemos ser así? ¿Usted es miedoso, no?

Martín: *(harto)* No.

Franco: ¡Muy bien! ¿Pero no tiene sangre? Sáquese el sobretodo.

Martín: Estoy bien así.

Franco: *(contento)* ¡No es cagón!

Martín: *(como desafío, se levanta, se saca el sobretodo, lo dobla en dos y lo coloca sobre un extremo libre del escritorio).*

Franco: *(sin levantarse, extiende el cuerpo y con un gesto del brazo, suavemente, lo arroja al suelo).*

Martín: ¿Qué hace? *(Lo recoge, pero apenas se descuida, Franco lo vuelve a arrojar al suelo. Se oye un canto campesino, pero un canto campesino no tradicional, algo que quiere serlo burdamente, y que podría ser, por ejemplo, el canto de «La rosa del azafrán»: «¡Ay, ay, ay!, qué trabajo nos manda el Señor», etc.).*

Franco: ¿Escucha? Todavía tenemos campesinos al viejo estilo.

Martín: ¿Puedo mirar?

Franco: *(con sospecha, seco)* ¿Para qué?

Martín: Por curiosidad.

Franco: *(aflojado)* ¡Mire, nomás! Si es así, ¡ninguna objeción! *(Martín se acerca a la ventana y mira hacia afuera. Franco, como si supiera la respuesta)* ¿Qué ve?

Martín: No se ve nada.

Franco: ¿Cómo? Por el canto deben estar abajo de la ventana. Hay un camino debajo de la ventana, cuando cantan *(canta el estribillo)* están siempre debajo de la ventana.

Martín: *(abre la ventana. Se escucha el mismo estribillo que cantó Franco. Se asoma)* No están. *(Ahoga un fastidio, como un recuerdo penoso que no puede precisar y vuelve a aproximarse al escritorio. Señala los papeles)* ¿Damos una ojeada?

Franco: ¡Cómo no! *(Aprieta un botón del intercomunicador, el canto cesa bruscamente. Se levanta y empuja a Martín detrás del escritorio. Frío)* Su puesto es ése. Quédese sentado ahí. *(Muy cortés)* Fui rudo.

Martín: *(seco)* No.

Franco: *(le alcanza un pliego, comienza con voz comercial)* Estos son los impuestos pagados hace... *(no recuerda o no sabe)* ¡Qué calor! El aire quema. *(Acusador)* ¡Dejó la ventana abierta!

Martín: *(se incorpora a medias)* La cierro.

Franco: ¡No, no! Atienda a su trabajo. Los campesinos vuelven. *(Mira su reloj pulsera)* De acá a cinco minutos vuelven.

Martín: ¡Ya!

Franco: ¿Qué quiere? Hoy, con las máquinas, el trabajo es una escupida. ¡Puf!, y listo. Van al campo por tradición, para cantar. ¡No aguanto más! *(Se saca la chaqueta y la deposita sobre el escritorio. Solo después pregunta dulcemente)* ¿Me permite?

Martín: Sí. ¿Qué me ha dado? Un montón de cuentas de chicos.

Franco: *(muy extrañado)* ¿Cuentas de chicos? *(Se lleva la mano a la boca)* ¡Se me traspapelaron! *(Se inclina sobre el escritorio y casi ferozmente le arrebató el papel)* ¡Deme! *(Revuelve las hojas sobre el escritorio. Ríe)* Dios mío, ¡qué lío han hecho! ¿Cómo ha ido a parar esto aquí? Deberes de chicos, dibujos. *(Para sí, con una vaga sonrisa)* ¿Los traen con los deberes? *(A Martín)* Mire éste. *(Le muestra un dibujo)* Precioso. *(Extrañado)* ¿No le gusta?

Martín: Sí. ¿Pero qué hace eso ahí?

Franco: ¿Y a mí me pregunta?

Martín: *(lentamente)* Yo vi fotos una vez... Chicos que iban a...

Franco: ¿Usted no estuvo?

Martín: *(atónito)* ¿Yo? Vi fotos. Chicos que marchaban... como si cambiaran de casa, con sus valijas escolares en la mano...

Franco: *(lo interrumpe, furioso. Arroja la chaqueta al suelo)* ¡Esta porquería le trae esos recuerdos! ¡Porquería! *(La pateó. Compungido)* No puedo darme un pequeño gusto, todos empiezan a hacer alusiones. *(Se arregla la camisa. Seco)* Ahora tengo otro aspecto. Sigamos. Tratemos de encontrar una pista en este embrollo. *(Ante un gesto de Martín)* Usted, ahí. *(Revuelve las hojas, protesta)* ¡Y no! ¡Y no! ¡Deberes, dibujos! *(A Martín, amablemente)* Un poco de paciencia. *(Mira una hoja)* Éste debía ser un burro. ¡Qué calor! ¡Ah! Acá hay cifras, nombres. Las botas, ¿puedo sacarme las botas?

Martín: Haga lo que quiera.

Franco: *(ofendido)* Un poco grosero, ¿no?

Martín: Es mi tono. Haga lo que quiera.

Franco: ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Me someto. Si a usted le molesta, listo, olvidado. Dejaré que los pies me hiervan dentro de estas malditas botas.

Martín: ¡Pero no! No me molesta. Sáqueselas.

Franco: ¡Muy bien! ¡A la obra! *(Forcejea con las botas)* La disciplina es interna, en lo exterior es bastante relajada. Los cabellos largos, el entendimiento corto: todavía en vigencia.

Martín: De acuerdo. ¿El establecimiento es suyo? ¿O hay otros dueños?

Franco: ¿Le encantaría que hubiera otros dueños, eh?

Martín: *(se encoge de hombros)* No. ¿Por qué?

Franco: ¿Y...? ¿Qué sé...? ¿Si no le caí en gracia?

Martín: No. Preguntaba para saber.

Franco: Curiosidad profesional. Muy bien, contesto: sociedad anónima. *(Forcejea con las botas)* No puedo sacármelas. Voy a llamar. *(Alza la mano sobre el intercomunicador.)*

La deja inmóvil) No. ¡Malditas botas! Ah, no crea que me dejan hacer todo lo que quiero. Siempre tuve la manía del uniforme. No hago mal a nadie, desarmado. Hasta ahí. Basta. (*Consigue descalzarse*) ¡Ah, los pies libres! Ventídense, queridos. (*Pone los pies sobre el escritorio y los agita, casi frente a las narices de Martín, que corre un poco su silla*) ¡No se aparte! (*Se toca las medias, que son de lana, blancas*) ¡Qué medias calientes! (*Tiende a Martín un manojito de hojas*) Tome. Entérese. No crea que no me doy cuenta.

Martín: (*toma las hojas*) ¿De qué?

Franco: Del uniforme. No gusto. Y es una manía inofensiva.

Martín: (*revisa las hojas*) ¿Por qué no eligió otro?

Franco: ¿Otro? ¿Por qué? Son todos iguales. Pero éste tiene un pasado.

Martín: (*tranquilo, sin levantar la vista*) De hijos de puta.

Franco: (*ofendido*) ¡Ah, no! ¿Usted también va a usar ese lenguaje?

Martín: (*lo mira*) Solo cuando es necesario.

Franco: (*lo mira también, una pausa. De repente, contento*) Respuesta pronta: así me gusta. Me saco las medias. (*Se las saca*) No le molesta, ¿no?

Martín: (*extrañado e impaciente*) ¿Qué hace? ¿Se va a desnudar?

Franco: No. Solamente las medias. Tengo los pies limpios. No se los voy a agitar delante de la trompa, si de eso tiene miedo.

Martín: Vine a trabajar, no a discutir de sus pies.

Franco: (*contento*) ¡Contestador, polemista! ¡Bien! (*Se oye el canto*) ¡El canto! ¡Vuelven! ¡Vaya! Mire.

Martín: (*irritado*) No tengo ganas. (*Revisa las hojas*).

Franco: (*se acerca a la ventana*) ¡Qué espectáculo! Llevan hoces y palas. La tradición. La tradición nunca muere. ¡Venga!

Martín: (*deposita las hojas sobre la silla y se acerca a la ventana*).

Franco: Se fueron. (*El canto, no obstante, se escucha claramente*).

Martín: (*huele*).

Franco: ¿Qué huele? ¿La comida?

Martín: Un olor extraño. ¿Qué es?

Franco: ¡Oh! Un vaciadero de basuras. A veces se producen incendios. Los chicos arman fogatas con la basura. Yo no me explico. ¡Qué dejadez!

Martín: Es un olor asqueroso. ¿Por qué no lo impiden? Parece carne quemada.

Franco: Debe ser. Un perro muerto entre la basura. Un gato. Los chicos son crueles, a veces no están del todo muertos. (*Cierra la ventana. Cesa el canto. Impaciente*) Trabajemos.

Martín: (*se acerca al escritorio, señala las hojas*) Esto no indica nada. Es un embrollo.

Franco: (*muy feliz*) ¡Sí, sí, se lo dije! Dígame, ¿cómo viajó?

Martín: En tren.

Franco: ¿Por qué no vino en auto? Hubiera podido dar largos paseos. Los alrededores son maravillosos. Usted da un paso y ya encuentra otro mundo, se sepulta en lo bucólico, lo agreste, lo... (*Ladran ferozmente los perros. Franco deja de hablar y escucha, muy interesado. En seguida se oye, muy intenso y aumentado, un ruido de mecha o cable que toma contacto y se quema, como en un cortocircuito de gran voltaje. Franco se abalanza hacia la puerta de la izquierda. Abre, mira y cierra nuevamente, impidiendo ver a Martín, que lo ha seguido, lo que sucede en el exterior. Ríe*) ¡Los niños! ¡Qué gritos! Se cuelgan de los alambrados y quedan cabeza abajo. ¡Qué gritos!

Martín: (*extiende el brazo, grave*) Déjeme ver.

Franco: Después. (*Una pausa. Apoyado contra la puerta, sonriente*) Después...

ESCENA 2

El escritorio con el sillón y la silla. Han desaparecido los papeles y carpetas. En el otro extremo de la escena, una mesa redonda, con mantel blanco, en donde han concluido de comer Franco y Martín, sentados frente a frente. Franco sigue descalzo y sin chaqueta. Su ropa está donde la dejó en la escena anterior, en el suelo, lo mismo que el sobretodo de Martín.

Franco: Y como le decía, si no comemos, nos morimos. ¿Usted qué va a hacer ahora?

Martín: Voy a dar una vuelta.

Franco: ¡Por acá! ¿Qué va a ver? Al pueblo no llega caminando.

Martín: (*se levanta*) No importa. Voy a estirar las piernas.

Franco: Se va a meter de cabeza en la basura. (*Confidencial, se inclina*) Siéntese. Yo tengo otro programa.

Martín: (*reticente*) ¿Cuál?

Franco: No le caigo bien, ¡qué joda!

Martín: No lo entiendo.

Franco: ¡Y bueno! Dese tiempo. Hoy trabajó mucho. ¡Qué desorden! Nos dejamos estar, ganábamos plata, ¿qué nos interesaban los papeles? (*Ríe*).

Martín: Los empleados no saben nada. Absolutamente. Uno no sabía escribir. Temblaba y hacía cruces, ¡no sabía hacer más que cruces!

Franco: (*admirado*) ¡Dígame! ¿Vio qué incompetentes? Turros. ¡No hablemos del trabajo ahora! Una pregunta (*Vacila*) ¿Usted es casado?

Martín: No.

Franco: Por acá hay chicos muy lindos. *(Ríe)* No, no digo para eso... Hay mujeres muy lindas. *(Una pausa)* A mí no se me acercan.

Martín: ¿Por qué?

Franco: El uniforme, supongo. Pero usted... usted es un tipo bien plantado. *(Martín ríe. Franco, inquieto)* ¡No soy una puta!, ¿eh?

Martín: Ya lo sé.

Franco: La gente es mal pensada. Yo me deslomo por ser agradable y no obtengo resultados. Tenemos visita.

Martín: ¿Hoy? ¿Esta noche?

Franco: Sí, ¿de qué se asombra? Me voy a cambiar. *(Recoge las botas, las medias y la chaqueta del suelo. Luego, con la mano libre, levanta el sobretodo de Martín)* Me llevo su sobretodo. *(Lo arrastra por el suelo).*

Martín: ¡No lo arrastre por el suelo!

Franco: ¡Ah, qué cuidadoso! ¡Encantador! *(Se detiene, luego, como jugando, lo arrastra otro poco, incluso lo pisa, como sacando lustre al piso).*

Martín: *(avanza hacia él)* ¡Levántelo!

Franco: *(de inmediato, se detiene y levanta el sobretodo)* ¡No se enoje! Lo sacudo. *(Lo sacude e intenta doblarlo con la mano libre, pero lo único que hace es arrugar la prenda y transformarla en un bollo)* ¡Qué torpe!

Martín: *(se lo arranca)* ¡Déjelo! Voy a dar una vuelta.

Franco: ¡No, no, nada de vueltas! No quiero que se pierda. Después no me va a quedar otro remedio que salir a buscarlo con los perros. Reciba a la señora. La invité por usted. No podemos dejarla plantada.

Martín: ¿Quién es? ¿Por qué no me deja hacer lo que quiero?

Franco: ¡Pero quise serle agradable! Pensé en usted: un día de trabajo, gente desconocida, alejado de su hogar, una mujer, Venus, el elemento frívolo...

Martín: *(dobla el sobretodo, lo coloca sobre una silla, cansado)* Acábela.

Franco: *(muy cortés)* ¡Cómo no! En seguida. *(Suplicante)* Atiéndala bien. Yo me cambio en dos minutos.

Martín: ¿Quién es?

Franco: Mi única amiga. Amiga de la infancia, no piense en otra cosa. Sean amigos. *(Cómplice)* ¡Buena suerte!

(Sale por la puerta de la derecha y al hacerlo, como al descuido, vuelve a arrojar el sobretodo al suelo. Martín, furioso, lo recoge y lo coloca nuevamente sobre la silla. Casi inmediatamente, se abre la puerta de la izquierda y empujada con violencia, virtualmente arrojada sobre la escena, entra Emma. Se queda inmóvil, con un aspecto entre asustado y defensivo, al lado de la puerta. Es una mujer joven, con la cabeza rapada. Viste un camisón

de burda tela gris. Tiene una herida violácea en la palma de la mano derecha. Está descalza. Martín se vuelve y la mira. Ella se endereza y sonríe. Hace un visible esfuerzo, como si empezara a actuar, y avanza con un ademán de bienvenida. Sus gestos no concuerdan para nada con su aspecto. Son los gestos, actitudes, de una mujer que luciera un vestido de fiesta. La voz es mundana hasta el amaneramiento, salvo oportunidades en las que la voz se desnuda y corresponde angustiosa, desoladamente, a su aspecto).

Emma: ¡Siéntese! ¿Estaban cenando? No se moleste por mí. Franco me dijo que estaba el nuevo administrador. Quise conocerlo. ¿Cómo está? *(Le tiende la mano. Martín no la recoge, atónito. Emma, siempre con la mano tendida)* ¿Por qué no me saluda? *(Crispada)* ¡Salúdeme! *(Él le tiende la mano, atónito. Emma, con humildad)* No me apriete. *(Recoge la mano de Martín y no la suelta. La mira)* ¡Hermosos dedos! Soy pianista, por eso siempre me fijo en los dedos. *(Con una mueca de frustrada coquetería)* ¿No le gusto? *(Ríe. Le suelta la mano)* Siéntese. *(Se sienta, cruzando las piernas en una actitud de convencional elegancia. Un silencio penoso. Martín la observa. Ella se queda inmóvil, tensa de pronto, como si algo comenzara a atormentarla. Se frota las manos, disimuladamente al principio y luego, con una necesidad creciente, se rasca las manos, los brazos, todo el cuerpo. Al mismo tiempo, sonríe y continúa hablando con una fingida alegría social, amanerada)* No tengo piojos. De ningún modo. Están erradicados de la zona. *(Una pausa)* Tengo... un escozor... en todo el cuerpo. Estuve descansando sobre el pasto, puede ser eso, el pasto está lleno de bichos... de todas clases, bichitos, luciérnagas. Las luciérnagas no pican. Tienen una luz en el cuerpo, ¿las conoce? *(Con voz triste y desarmada)* La luz se enciende, se apaga, como si pidieran auxilio. ¿Qué auxilio? Nadie entiende. La noche se queda oscura, silenciosa, y nosotros miramos.

Martín: *(se inclina hacia ella, premioso y confidencial)* ¿Qué auxilio?

Emma: *(retoma su tono social, sin dejar de rascarse)* Es fastidioso. ¿Ve? *(Le tiende el brazo)* No tengo piojos. Es fastidioso. Imagínese. Empiezo a tocar el piano, en un concierto, y no puedo rascarme. *(Con una trémula sonrisa)* Parece que toco mejor así. Aumenta la tensión, consigo cosas mejores. ¿Quiere que le haga escuchar algo? ¿Por qué no me habla? No soy desagradable.

Martín: Usted... usted es la amiga de...

Emma: *(presurosa)* ¡De Franco! ¿Le habló de mí? *(Sonríe)* ¡Qué amor! ¿Qué le dijo?

Martín: *(como si masticara las palabras)* Amiga de la infancia. Eso me dijo.

Emma: ¡Exacto!

Martín: ¿Quién es usted?

Emma: *(hace un gran esfuerzo para contestar, trata de recordar, inútilmente, luego, voluble y rápida)* ¿No tiene un espejito? Olvidé la cartera, el peine, todo. No puedo retocar el maquillaje, ¿lo necesito?

Martín: No.

Emma: Un pañuelo, ¿tiene un pañuelo? *(Se mira la mano herida).*

Martín: *(saca uno y se lo tiende)* Sí, tome.

Emma: Gracias. *(Deja la mano en el aire)* ¿Está limpio? *(Martín asiente. Recién entonces, ella lo recoge y lo acerca a la mano, pero abandona el gesto, no sabe qué hacer con el pañuelo, se frota la cara, luego lo olvida sobre la mesa y continúa rascándose).*

Martín: *(se inclina y recupera el pañuelo)* ¿Qué le pasa?

Emma: *(no escucha. Se levanta un poco la falda y se observa la pierna. Inclina tanto la cabeza que parece estar ocultando el rostro, está así un instante. Martín se acerca, va a tocarla con un gesto de piedad, pero imprevistamente ella levanta la cabeza y sonríe con satisfacción coqueta)* ¿Qué pretendía?

Martín: *(alejándose)* Nada.

Emma: *(sonríe)* Todos dicen lo mismo. Pero apenas una se descuida, se abalanzan. *(Vuelve a mirarse la pierna)* Me perseguían por la calle. Acá sí, tengo una costrita. *(La arranca)* Por lo menos hay algún signo. Pero cuando uno mira la piel y nada, tersa, blanca, ¿de dónde viene la picazón? ¿De adentro? *(Ríe. Un silencio. Continúa rascándose, la sonrisa social, fija, angustiada a fuerza de estereotipada. Martín la observa, tenso. Emma se incorpora, yergue la cabeza, camina como una estrella de cine)* ¿Por qué no charla un poco y me distrae? Me dijeron que quería verme, ¿para esto? O yo lo quería ver. Pensé que iba a pasar un buen rato, un ferviente admirador, me dijo mi secretario. El nuevo administrador la admira fervientemente, me dijo. ¿Me admira?

Martín: Sí.

Emma: Concedo pocas entrevistas, mi tiempo está atrozmente ocupado. *(Se detiene, abstraída)* Atrozmente. *(Silencio)*

Martín: *(se acerca a ella, bajo)* ¿Qué le pasa? Yo no vi a ningún secretario, no hablé con nadie. *(Ella comienza a rascarse)* No se rasque.

Emma: No me rasco. *(Se rasca. Sonrisa social, estereotipada)* Pero es una observación grosera. ¿Quién lo hubiera pensado? *(Se acaricia la cabeza rapada, como si acariciara una gran cabellera)* ¡Usted tiene un aspecto tan gentil! *(Se alza la falda)* Lindas piernas.

Martín: *(le baja la falda)* ¿Qué hace? Quédese tranquila. Me muestra las piernas y parece escapada de... *(se detiene, atónito, como si solo en ese momento se diera cuenta de que ella parece escapada de un campo de concentración).*

Emma: *(con una sonrisa)* ¿Escapada? *(Agría)* ¿De dónde? No diga idioteces. *(Ríe)* Escapada de un baile. Llevo puesto el vestido. *(Lo acaricia)* Volví ayer, a la madrugada. Bailamos en... *(piensa)* en el pasto. Y acá tiene la prueba, el escozor, los bichos. Perdí la cartera. *(Se rasca)* ¡Oh, me hice sangre!

Martín: *(le tiende el pañuelo)* Tome. Deje de rascarse. Se lastima.

Emma: No. Tengo las uñas largas. Es lo que sucede. *(Se seca, está tentada de arrimar el pañuelo a la herida de la mano, pero no se decide o no se atreve, y se lo tiende nuevamente a Martín)* Se lo devuelvo.

Martín: Téngalo.

Emma: No, no. Los obsequios de los hombres nunca son desinteresados.

Martín: *(le toma el brazo y lo vuelve hacia la parte interior).*

Emma: *(ríe)* Ah, ¿vivo qué curioso?

Martín: Está marcada.

Emma: Mi padre. Tenía miedo de que me perdiera. Me gustaba irme detrás de los paraguas. Veía pasar a alguien con un paraguas e iba detrás. Los días de lluvia eran terribles, me buscaban a gritos por la calle, sentían miedo por mí, una criatura, algo que debía crecer, una mano que crece, una comprensión que se agranda. Había que esperar todo esto, ¿cómo no iban a tener miedo?

Martín: *(le acaricia el brazo, con tristeza)* Está marcada.

Emma: ¡Le digo que no! ¡Para la buena suerte!: cuatro sietes, un tres. Tóqueme, si quiere. *(Le ofrece el brazo, que Martín no recoge. Asombrada)* ¿No quiere?

Martín: No.

Emma: Fue mi padre. Un excéntrico. Realmente, no había tanta necesidad.

Martín: ¿Le dolió?

Emma: *(secamente)* ¡Nada! Era muy pequeña. *(Casi con furia)* ¡Y no está grabado en la piel! Es tinta. ¡Tinta indeleble!

Martín: ¿Le pegan? ¿Le pega ese hijo de...? ¿Tiene la manía del uniforme!

Emma: *(tensa)* ¡Cállese! *(Voluble)* Mi público me adora. El último concierto fue un éxito. La gente se enloquecía pidiéndome autógrafos, me destrozaron un chal, todos querían un pedacito de recuerdo. *(Grave y pensativa)* Por poco no me destrozan. *(Lo mira de frente)* Completamente.

Martín: Sí, está destrozada. ¿Pero por qué? ¿Quién la rapó? *(Como si no entendiera)* ¡Ahora!

Emma: *(áspera)* Tengo el pelo corto. Por las pelucas. Necesito cambiar de peinado en cada concierto. Es más práctico. Una peluca y listo.

Martín: ¿Y esto? *(Le toca la ropa)* ¿Y los zapatos? ¿Y esos dientes?

Emma: *(se cubre la boca. Muy cursi)* ¡Grosero!

Martín: No, me da pena. Me recuerda...

Emma: *(casi canturreando)* De la pena al amor, hay un paso. ¿Le gusto? *(Se le arrima, insinuante, con una sonrisa coqueta)* Me encantaría gustarle. *(Se le pega al cuerpo).*

Martín: ¡Apártese!

Emma: *(desconcertada)* ¿Por qué? ¿No le gusto? ¿Mi pelo corto, mi escozor? Se acostumbrará. Incluso, cuando está Franco, trato de no rascarme. Pero ahora me exaspera la picazón. Debe ser la sangre que corre más rápida. Quiero gustarle... Me dijeron su nombre. *(Intenta recordarlo)* Lo llamaré... *(busca un nombre cualquiera, pero no acierta)* Bueno, ¿qué importa?

Martín: *(dulcemente)* Me llamo Martín.

Emma: *(se ilumina)* ¡Sí, un nombre! *(Excusándose con una sonrisa tímida)* Recuerdo pocos nombres. Franco y... ¿cómo era el suyo?

Martín: Martín.

Emma: ¡Ah!

Martín: *(le toma el brazo, casi tiernamente)* ¿Quién la marcó a fuego? ¿Hace mucho?

Emma: *(va a tocarle la cara, pero se detiene)* No se preocupe. *(Súbitamente desconfiada)* ¿Qué me preguntó?

Martín: ¿Quién la marcó a fuego?

Emma: No. No usaban fuego.

Martín: *(casi gritando)* ¿Quiénes?

Emma: *(asustada)* No grite. Le digo cualquier nombre, ¿se conforma? Fue... *(Busca inútilmente un nombre. Sonríe amanerada)* Cállese, querido. Soy la dueña de casa. ¡Qué exaltado! Le voy a firmar una fotografía.

Martín: *(como probándola)* ¿Cómo está en las fotografías?

Emma: *(ríe)* ¡Muy bien! Un poco retocada.

Martín: Deme una.

Emma: Cuando venga Franco, las guarda él. Es mi guardián. No. Mi... *(Se olvida. Reflexivamente)* Quizás el perro me contagió algún eccema. O el pasto. *(A Martín)* No hay barro, no se ve la tierra, todo pasto verde, césped bien cortado. Usted seguramente pensó en el barro, pensó que iba a chapotear en el barro. Vivimos en el campo, pero son otros tiempos.

Martín: *(casi con sorpresa, se mira los zapatos relucientes)* Ustedes... recogían los cubos de mierda *(ella tiene un gesto cursi y se lleva la mano a la boca)* y abonaban los campos. Todo el día hacían eso, sepultados en el lodo, en la nieve.

Emma: ¿Nieve? No tenemos.

Martín: No aguanto esto. Ese estúpido y... usted. No hay barro, no hay nieve, ¡puedo irme! Hago las valijas y me marcho. Ahora mismo.

Emma: ¿Qué le pasa? ¿Qué está diciendo? Usted es el nuevo administrador, pagamos bien. Nunca soñó ser tan bien pagado.

Martín: *(con desconcierto)* Sí.

Emma: ¿Y bueno? ¿Qué lo desalienta, querido...? *(No recuerda el nombre)* Todavía no empezó.

(Entra Franco, viste nuevamente el uniforme impecable. Se acerca a Emma y le besa la mano. La escena adquiere un tono de sociabilidad amanerada).

Franco: ¡Señora!

Emma: ¡Querido Franco! ¿Cómo está?

Franco: Muy bien. ¿Y usted? Siempre impecable.

Emma: ¿Conoce al amigo...? (*Busca vanamente el nombre*).

Franco: Sí, trabajamos juntos. (*Estrecha la mano de Martín. Confidencial, refiriéndose a Emma*) ¿Qué le parece?

Martín: ¿Cómo me pregunta?

Franco: ¿Por qué no?

Emma: (*se acerca a Franco y habla con apresuramiento servil y como si Martín no estuviera presente*) Quiere irse. Yo no lo ofendí. Se lo juro. Es muy atrabiliario. Conversábamos amablemente y... y de pronto, ¡me salió con eso! Yo... yo traté de ser simpática, pero es muy raro... (*Procura convencerlo, ingenua*) Franco, es muy raro...

Franco: (*sonríe*) ¡No puede ser! ¡Qué se va a ir!

Emma: Sí, sí, me dijo eso.

Franco: (*frío*) Convéncalo de lo contrario.

Martín: Permítame... (*Franco le impone silencio con un gesto, señalándole a Emma*).

Emma: (*se rasca. Un silencio. Es evidente que las palabras de Franco le llegan un segundo después de pronunciadas. Sonríe artificialmente. A Martín*) Mañana doy un concierto. Asistirá un grupo de amigos, muy selecto. Tiene que quedarse. (*Procura llamarle la atención sujetándole la manga del saco y sacudiéndola hacia ella de una manera extraña. Al mismo tiempo, ruega con una sociabilidad amanerada*) Quédese, querido amigo... (*No recuerda el nombre. Con sonrisa vacilante y como si lo hubiera aprendido de memoria*) El lenguaje de la música es... el lenguaje... ¡del alma!

Franco: Exacto. (*A Martín*) ¿No está a gusto?

Martín: No.

Franco: (*lamentándolo*) ¡Qué joda! Le pagué adelantado. (*Se agarra la cabeza*) ¡Soy un estúpido! (*Se pasea, agarrándose la cabeza*).

Martín: (*sorprendido*) ¡No, no, fue un arranque!

Franco: (*se detiene instantáneamente, sonríe*) ¿Lo de irse?

Martín: Sí.

Franco: (*pega un salto por el aire*) ¡Hurra! (*Se detiene, a Martín*) Igual la plata me la hubiera devuelto, no soy tan estúpido.

Martín: Lo sé. (*Muy nervioso, mientras Franco mueve la cabeza a cada frase, asintiendo como un muñeco*) Pero le advierto: hay que poner todo en orden, necesito datos, si no, no se puede hacer nada, no se sabe dónde empezar. ¿Para qué vine? (*Casi gritando*) ¡Y el trabajo es lo único que me importa!

Franco: (*sin convicción*) Mañana empezamos, mañana.

Emma: (*como una alumna aplicada*) Y el trabajo no está reñido con la distracción.

Franco: Lo mismo dije.

Emma: (*idem*) El trabajo engendra libertad...

Franco: Basta...

Emma: Franco, ¿le deja la tarde libre? (*A Martín*) Tocaré para usted. Y para el grupo selecto. Gente encantadora. (*Se rasca, la mano bajo el escote*).

Franco: (*sin escucharla*) ¿Qué le pasa que se mueve tanto?

Emma: (*a la pregunta, se inmoviliza*) ¿Yo?

Franco: Usted, sí, ¿qué le pasa?

Emma: ¿A mí? (*Mira a Franco con aprensión cada vez más creciente. Con voz blanca, inmóvil*) No me pasa nada. Estoy bien de salud.

Franco: ¿Qué tiene en la mano, una herida?

Emma: (*esconde la mano*) No.

Franco: Vi sangre. Muéstreme.

Emma: (*rígida, mirando al frente, le tiende la mano izquierda*) Ninguna herida, sana.

Franco: (*frío*) La otra.

Emma: (*después de un momento, tiende la otra mano. Franco se inclina, a distancia, y la observa en silencio, sin tomarla. Emma, como en posición de firme, y asustada*) Ninguna herida, sana. Estoy bien de salud. (*La voz empieza a temblarle*) El... señor puede decirlo. Soy apta para todo trabajo. Acarrear piedras, baldes, limpiar... retretes, cavar...

Franco: (*sigue mirando por un momento, se endereza y quiebra la tensión*) ¿Qué dice, querida... (*una pausa, divertido*) marquesa? ¿Qué trabajo podrían hacer sus manos, sus queridas manos, sino el que hacen? (*Le toma las manos y se las besa. Pero el gesto pierde poco a poco el aire amable y adquiere un carácter de sujeción. La mira fijamente*) ¿Qué le pica?

Emma: Nada. (*Bruscamente, libera sus manos, se las cruza sobre el pecho, desesperada*) ¡Esta maldita picazón! ¿Qué me han echado?

Franco: ¿Quiénes?

Emma: El... (*Se detiene, lanza una carcajada*) ¡El perro! (*Le grita a Franco, con intención*) ¡Perro sarnoso! (*A Martín*) Y usted, pobre querido, ¿por qué está tan callado? (*Con una risa histérica*) ¿Por qué no me rasca? Sentémonos. (*Lo empuja sobre una de las sillas, se le sienta en las rodillas, abrazándolo*).

Martín: Déjeme. (*La aparta, se incorpora. A Franco*) ¿Qué es esto? Vine a trabajar. ¿Qué se cree? ¡Está loco de remate! ¿De dónde la sacó? (*A Emma*) ¡Déjeme tranquilo! ¡Quiero trabajar y nada más!

Franco: (*como si no entendiera*) ¡Pero no ahora! ¡Qué impaciencia!

Emma: (*a Franco, en un paroxismo de miedo*) ¡No lo escuche! ¡No lo escuche! (*A Martín. Después de una breve vacilación con las manos, le cubre la boca con la mano sana*).

Martín *la aparta*) No diga nada. Mañana lo pensaré mejor, se hallará a gusto. Yo estoy muy a gusto.

Franco: (*dulcemente*) ¿Qué mal le hizo esta señora? ¿Dónde se crió? Ofende.

Emma: (*triste*) Es cierto.

Martín: Discúlpeme.

Emma: (*retorna su sonrisa artificial*) Está disculpado. (*Se le cuelga del brazo*) ¿Le gusto?

Martín: (*la aparta suavemente*) No.

Emma: (*confusa*) ¿Cómo no? Usted dijo que yo era muy... seductora. ¿Por qué me aparta? No hay por qué guardar secretos con Franco.

Martín: ¡No tengo secretos con nadie! Voy a dar una vuelta.

Franco: Quieto.

Emma: Franco, avísele.

Franco: ¿De qué?

Emma: ¿No le dijo nada? (*Lo interroga ansiosamente con los ojos, luego, a Martín*) No debe apartarme. Venga, siéntese aquí. No lo voy a molestar. (*Suplica dulcemente, señalando la silla*) Acá. Por favor, acá. (*Martín se sienta. Emma se coloca detrás de la silla, vacila en la elección de las manos, luego tiende la mano sana y comienza a acariciarlo*) Querido, usted es un encanto...

Franco: (*interrumpe fastidiado, como un director de escena*) ¡Pero no así! ¡Es muy burdo!

Emma: (*humilde*) Lo haré mejor. (*Recomienza*) Cuando la música suena...

Franco: Vomito.

(*Martín se incorpora y se aleja en dirección a la puerta*).

Franco: (*se interpone, autoritario*) Quédese. (*Se miran y Martín opta por alejarse hacia la mesa, aparta platos y copas de un manotón. Se sienta, apoyando los codos sobre la mesa y descansando la cara en las manos*).

Emma: (*lo mira, luego, a Franco*) Franco, avísele. Es muy difícil.

Franco: ¡Ah, qué viva! Todo servido. Insista. (*Emma no se mueve. Franco*) ¿Su mano?

Emma: (*al escuchar la pregunta, vuelve a acercarse a Martín, intenta tocarlo, vacila, acaricia el respaldo de la silla*).

Franco: (*grita*) ¡La silla no! (*Con intención*) ¡Más abajo! (*Martín alza la cabeza, alelado. Un silencio*).

Emma: (*angustiada, a Martín*) No me aparte. ¡Por lo que más quiera, no me aparte!

Franco: Déjese de rogar. La mujer más deseable. ¿Por qué apela a esos métodos?

Emma: (*se endereza y, con esfuerzo, levanta la cabeza. A Martín, con falsedad de cine mudo*) Béseme.

Franco: (*bajo*) Repugnante. (*Cambia de tono*) Sus nervios están excedidos. (*Como si no lo supiera*) ¿Su concierto?

Emma: Mañana. Ensayé toda la tarde. Gente selecta.

Franco: (*tierno*) Esa mano... ¿estará en condiciones? Déjeme verla otra vez.

Emma: (*cierra el puño*) ¡No tengo nada en la mano! (*Franco intenta descubrirle la mano, pero ella la oculta, apretándose contra la espalda de Martín*).

Franco: (*tiene éxito finalmente, le abre el puño. Mira, casi feliz*) Tiene bichitos.

Martín: Déjela.

Franco: (*complaciente*) ¡Sí! No quiero molestarlos. Querida, ¿quiere que me vaya?

Emma: No. (*Se aprieta más contra Martín. Se arrastra y se le sienta en las rodillas*).

Martín: (*tenso*) Por favor, déjeme.

Emma: No, no. No me aparte. Debo hacerlo feliz. ¿Quiere... quiere conmigo?

Franco: (*que se ha apartado*) Que sea bastante antes del concierto, querida.

Emma: ¿Quiere?

Martín: No.

Franco: (*busca en cuatro patas bajo el escritorio*) ¿Dónde está?

Emma: Tengo buenos dientes. (*Se cubre la boca*) No, no. Tengo... (*piensa*) buenos... (*hace un desvaído ademán de apartarse el escote*).

Franco: (*siempre buscando*) Diviértalo, querida. La felicidad ajena me hace feliz, qué raro. (*Lanza un grito de alegría*) ¡Te encontré! (*Se alza con el látigo en la mano, pero sus gestos están exentos de amenaza*).

Emma: (*muy bajo, rogando humildemente*) Diga que sí... Es un momentito. Estoy sana... La mano la... (*busca dónde ocultarla*) Miran y... se... (*sonríe*) se...

Martín: (*le sujeta fuertemente la cara, estalla*) ¿Quiénes?

Emma: Eso es, apriete fuerte, no tenga miedo..., eso es...

Franco: (*contento*) ¿Puedo avisar? (*Grita*) ¡Ya empezó!

Emma: No, querido Franco, espere... Falta, espere... (*A Martín*) Apriéteme, me lastima. (*Martín le suelta la cara. Franco, que ha estado jugueteando con el látigo, lo levanta y golpea fuertemente contra el piso, siempre en el otro extremo de la escena. Emma lanza un alarido, como si hubiera recibido el golpe. Al escucharla, Martín se levanta impulsivamente, arrojándola al suelo*).

Martín: (*se inclina sobre ella, con voz conmovida*) ¿La lastimé? Perdón, ¿la lastimé? (*Intenta incorporarla, Emma se aferra a él y oculta el rostro contra su cuerpo*).

Franco: Querida, ¿qué ha sido? ¿La asusté?

Emma: *(después de un momento, descubre el rostro, tiene de nuevo, trabajosamente, la sonrisa mundana, convencional)* No, querido Franco, sé sus manías.

Franco: Me gusta el ruido. ¿Puedo...? Para lo otro hay tiempo. ¿Puedo?

Emma: Sí.

Martín: ¿Qué?

Franco: Le pregunté a ella. Usted no se va a asustar por el ruido. ¿Pasó la picazón?

Emma: Sí.

Franco: *(se acerca, le toca la cara con el dedo, el contorno del rostro)* Un hipo en cada pedacito de piel. Se asustó y pasó. ¿No la molesto? Me gusta el ruido, pero no quisiera sobresaltarla.

Emma: No.

Franco: Nunca le he pegado a nadie. Ni por defensa. Usted lo sabe bien, querida. *(Se aleja y recoge el látigo. Lo empuña y espera)* ¿Y?

Emma: *(como si recitara una lección mientras Franco golpea rítmica y fuertemente con el látigo en el suelo)* Nunca ha pegado a nadie. Lo sé bien. Somos amigos de la infancia. *(Enmudece)*.

Franco: *(ruega)* ¡Un poquito más!

Emma: *(ídem)* Nunca ha pegado a nadie. Los chicos me corrían, él me defendía. Uno contra cuatro, uno contra cinco, uno... *(Franco golpea con el látigo. Emma, con un estremecimiento, desfalleciendo)* ¡No puedo aguantarlo!

Martín: Entonces, ¿es cierto?

Franco: *(golpeando, voluble)* ¿Qué dudas tiene?

Martín: *(a Emma, grita)* ¿Es cierto?

Emma: ¿Qué? *(No lo atiende, suspensa del ruido de cada latigazo contra el piso)*.

Martín: ¿Que está encerrada, que la han golpeado? *(Emma intenta reír, pero la risa no logra cuajar sobre la cara. Se tapa los oídos)*.

Franco: *(deja de restallar el látigo, los mira, lanza una carcajada)* ¡Conteste, querida! ¡Conteste, querida! *(Ríe, mientras Emma aparta lentamente las manos de los oídos y las desliza por la cara, con los ojos cerrados. Vuelve a abrir los ojos y mira fijamente hacia adelante, mientras Martín la observa inmóvil y Franco deja poco a poco de reír. Escena fija. Breve silencio)*.

ESCENA 3

Unos bancos largos, como de iglesia o de salón de actos de un colegio. Delante de ellos, un piano sobre una tarima. Martín está sentado en uno de los bancos, erguido, las manos

sobre los muslos. A su lado, de pie, se encuentra Franco con un ramo de flores en la mano. Un afinador afina abúlicamente el piano. De pronto, Franco se pega un golpe en la frente.

Franco: *(apenado)* ¡Los programas! ¡Sabía que iba a olvidarme de algo! *(A Martín)* ¿Suspendemos?

Martín: ¿Qué importa?

Franco: ¿Le parece? *(Sonríe)* Bueno, no sé lo que va a tocar. *(Guasón)* La gran rascada.

Martín: ¿Por qué no la atiende un médico?

Franco: *(amenazando con un gesto pueril)* ¡Ah, no, no! Ocúpese de sus asuntos. *(Serio)* ¿Usted cree que no la cuido? ¿Que no la ven los médicos? ¡Vacunada! ¡Vacunada contra todas las pestes!

Martín: Tiene una mano...

Franco: *(lo interrumpe, ingenuo)* ¡Sana! Lo dice ella. *(Al Afinador)* ¿Termina?

El Afinador: *(sin moverse)* Ahora. *(Abúlico, hace sonar una tecla).*

(Entra Emma. Tiene una ridícula peluca sobre la cabeza rapada y arrastra una cola de raso cosida burdamente sobre el camisón gris. Se refriega las manos, exagera un poco la excitación de una ejecutante antes del concierto).

Emma: *(sonríe)* ¡Qué nerviosa estoy! ¡El trac! ¡No pegué los ojos!

Franco: *(se acerca y le entrega el ramo de flores. Sincero)* Buen éxito.

Emma: Gracias, querido Franco. ¡Qué amable! ¿Por qué se molestó?

(Recoge las flores, pero las mantiene a distancia, dura).

Franco: Huélaslas.

Emma: *(como si lo hubiera olvidado)* ¡Ah, sí! *(Las huele)* ¡Delicioso olor!

Franco: No tienen perfume. Son artificiales.

Emma: Oh, no me di cuenta. ¡Perfectas!

Franco: ¿Está bien colocado el piano? ¿Todo bien?

Emma: *(mira)* Sí, gracias por sus cuidados. *(Mira el suelo, maravillada)* ¡Cómo han barrido!

Franco: *(muy cortés)* Ni una basura. Es lo menos que puedo hacer. Me siento muy feliz de contribuir a su éxito.

(Entra una fila de SS, uniformes impecables, botas relucientes. Detrás, un grupo de presos, astrosos. Llevan rotos zapatones negros. Los SS se ubican en las dos primeras filas de bancos, los presos en la última).

Franco: *(mundano)* Está llegando gente. No se ponga nerviosa. Piense que yo estoy en la sala, que solo deseo escucharla. *(Señala a Martín)* También el administrador desea escucharla. *(A Martín)* ¿No la saludó?

Martín: *(tenso)* Me dijo que no me moviera.

Franco: ¡Pero no a ese extremo! Salúdela. *(Martín se incorpora, se acerca a Emma, que lo aguarda con su sonrisa estereotipada. Se miran en silencio. La sonrisa se borra poco a poco del rostro de Emma y es reemplazada por una tristeza enorme. Martín se acerca a Emma finalmente y la besa en la mejilla. Franco, aprobando)* ¡Muy bien, muy cortés, muy delicado, muy fino! *(Seco, a Martín)* Cumplió. Siéntese. *(Martín obedece. Franco, a Emma, amable)* Está llegando gente. No se ponga nerviosa. ¿No está... demasiado aplastada?

Emma: *(instantáneamente, se yergue)* No, no, ¡vuelo de los nervios! *(Camina de un lado a otro, con una sonrisa de ficticia excitación)* La... la inminencia de... ofrecer mi arte, de... de ser juzgada, de... de entregar mi corazón...

Franco: *(con naturalidad y sin que ella lo advierta, le pisa la cola agregada al camión. Emma camina y la cola se desprende)* Sí, la perturba. *(Con una sombra de ironía)* ¿Su... escozor?

Emma: *(descubre la cola en el suelo, la recoge, no sabe qué hacer con ella. Franco se la saca de las manos, hace un bollo y la arroja en un rincón, todo esto mientras ella habla)* ¡Oh, pasó completamente! Debieron ser los bichos del pasto. ¡Tengo la piel tan sensible! Pasó... completamente. Aunque... *(vacila)* cuando debo tocar, me vuelven siempre las ganas de... Es un hormigueo y después... *(Se mira las manos, hace un ademán de rascarse, lo reprime)* me... *(Se aprieta salvajemente la cara, en un impulso irrefrenable. Ríe brevemente)* Perdóneme.

Franco: El exceso de tensión. La sala está llena. La flor y nata de nuestra sociedad. ¿Feliz?

Emma: Aplauda mucho.

Franco: Con placer. *(Se inclina cortésmente y le besa las manos. Le observa la palma de la mano herida. Casi tiernamente)* ¿Cómo está esto!

Emma: Mejor. Seco. Cicatrizado. *(Se escuchan las notas que hace sonar el afinador, muy a las cansadas, apáticamente)* ¿Cómo no terminó? ¡Es intolerable! ¿No tuvo tiempo antes? *(Casi gritando)* ¿Pero cómo? ¿Cómo sucedió esto?

Franco: Detalles de la organización. Soy el culpable. Mandé las invitaciones, me ocupé de las flores, hice limpiar la sala y olvidé lo esencial.

Emma: *(muy nerviosa)* ¡Lo sé, lo sé! No quisiera hacerlos esperar. ¡Hay tanta gente importante!

Franco: No, no. Hoy usted es la importante. Recuérdelo. *(Al Afinador, brutalmente)* ¡Vamos, acábela con el ruidito! Me tiene seco. *(A Emma, sociable)* Otra vez, le deseo mucho éxito.

(Se aleja para sentarse en uno de los bancos de una hilera vacía, intermedia. El afinador, siempre impasible, recoge sus útiles y se marcha. Emma hace una entrada ficticia, saluda con el ramo de flores en la mano. Los SS se ponen de pie y saludan con una inclinación y un golpe seco y conjunto de los talones. Vuelven a sentarse. Los presos permanecen inmóviles.)

Uno de los SS, cabeza de fila, se vuelve hacia los presos y les dirige una dura mirada de advertencia. De inmediato, los presos parecen despertar y uno de ellos comienza a hacer pan francés. Un silencio. Emma deja las flores sobre el piano y se ubica en el taburete. El preso vuelve a insistir, los otros presos se le unen poco a poco, con intervalos cada vez más breves, a medida que aumenta la intensidad).

Martín: (se incorpora, grita) ¡Cállense!

(Dos SS se levantan silenciosamente, se le colocan al lado, le ponen los brazos sobre los hombros, como en un gesto amigable. Martín intenta sacárselos de encima, pero no lo consigue, le tapan la boca con la mano y lo sientan. Aumenta la intensidad del golpeteo de pies. Cuando llega al paroxismo, cesa bruscamente. Solo entonces, se levanta el SS, cabeza de fila, y se vuelve hacia los presos).

SS: (grita) ¡Silencio maleducados!

(Al mismo tiempo, los dos SS dejan de sujetar a Martín, le sonrían amigablemente. No abandonan el banco).

Martín: (se levanta, furioso) ¡Les voy a romper la crisma! (Los SS ríen bonachonamente. Chistidos, pedidos de silencio. Martín saca un pañuelo y se seca la boca. Cuando Emma habla, pasa adelante y se sienta en otro banco de una de las hileras vacías. Poco a poco, los dos SS se irán corriendo, en forma disimulada y subrepticia, como gente que se mueve en una sala colmada durante un espectáculo, y lo rodearán otra vez. A estos se les agregan otros dos).

Emma: (se retuerce las manos, muy nerviosa; reprime sus evidentes deseos de rascarse. Anuncia) Tocaré...

Franco: (le advierte, sonriendo) ¡No, no se anuncia!

Emma: (sonríe con disculpa, se sienta al piano, se acomoda, pero de pronto, no puede evitarlo y se rasca furiosamente).

Uno de los presos: (guasón) ¿La termina?

(Gran carcajada de los presos. Los SS se vuelven y chistan débilmente. Franco se incorpora, saca de debajo de uno de los bancos una botella con un líquido oscuro y un pedazo de algodón, depositado directamente sobre el piso. Se dirige hacia Emma y protesta entre dientes, al pasar al lado de Martín).

Franco: ¡No la cuidó! ¡Dice que no la cuidó! ¡Desgraciado! (Llega hasta Emma, empapa el algodón en el líquido y se lo pasa por la piel, aunque ella, sin levantarse del taburete, trata de hurtarse al contacto).

Emma: ¡No me pase nada! Se lo agradezco.

Franco: ¡Quédese quieta! Esto la calma. La estoy siempre cuidando y ese desgraciado dice que no. ¿Le fue con cuentos?

Emma: (asustada) ¡No! ¿Qué dijo? Es un mentiroso.

Franco: Mejor así. Compórtese dignamente. Le organicé el concierto. Hágame quedar bien.

Emma: Tocaré maravillosamente. Para usted, Franco. Soy una gran concertista. *(Está como más exasperada por la picazón. Los presos la imitan, agitándose en sus asientos, grotescamente. Se rascan entre ellos. Uno de los presos le saca los zapatos a otro y le rasca la planta de los pies. El preso no intenta apartarlo, se toma del asiento con las manos y aguanta, riendo histéricamente. Los SS se acercan a Martín, uno le rasca la mejilla con un dedo. Martín le aparta la mano de un manotón, pero entonces, los otros tres lo rodean y el cuarto SS se le acerca con las dos manos tendidas y le arrastra las uñas por el rostro. Cuando las aparta, Martín tiene el rostro ensangrentado. Todo esto se ha ejecutado casi tiernamente, sin violencia).*

Franco: *(cierra la botella, aplasta el algodón)* El algodón lo guardo, escasea. *(Deposita todo sobre el suelo, luego le aparta a Emma las manos del cuerpo y se las coloca sobre el teclado. Los presos dejan de rascarse al instante, ponen las manos sobre los muslos. Solo se oye el hipo entrecortado del preso que reía)* Empiece de una vez. El público se impacienta. Pagó la entrada. ¿Se impacienta o no? *(Solo entonces se oye un murmullo a boca cerrada de los presos. Franco vuelve a su asiento, haciendo señales de silencio. Cesa de inmediato el murmullo. Los SS que rodean a Martín, quien se está limpiando el rostro con el pañuelo, le colocan las manos sobre los hombros y lo sientan. Silencio expectante. Emma no concluye de acomodarse sobre el taburete, de rascarse, de acomodarse la ropa. Toses, carraspeos, luego se repite el silencio).*

Emma pone las manos sobre el teclado y toca. Se oyen dos o tres notas, pero al oprimir las restantes teclas, no se percibe ningún sonido, salvo una o dos veces el sonido hueco de un piano de juguete roto).

Un preso: *(guasón)* ¡Que se toque el culo!

Los otros presos: *(a coro)* ¡Que se toque el...!

SS: *(se levanta, grita ferozmente)* ¡Silencio! *(Silencio absoluto y fugaz. Luego, los presos golpean el piso con los pies)* ¿Cómo no obedecen? *(Con una aviesa sonrisa que se transforma en una risita irreprimible)* ¿Cómo se atreven a desobedecer?

Franco: *(se acerca a Emma)* Toque.

Emma: *(extiende las manos sobre el piano, aprieta las teclas, niega nerviosamente con la cabeza, levanta las manos e interroga con todo el rostro a Franco)* ¡No... no suena!

Franco: ¡Qué no va a sonar! Lo afinamos. Toque con la boca. Disimule. ¡Qué bochorno! ¡Me las va a pagar! ¡Y deje de rascarse!

Emma: No... no puedo... ¿qué me echó?

Franco: Agua, ¿le quema?

Emma: ¡No puedo aguantarlo!

Franco: A la fuerza, ahorcan. ¡Aguántelo! ¿Cómo va a dejar a nuestro administrador sin concierto? No la escuchó nunca. Martín, ¿usted escuchó alguna vez a la señorita? *(Lo busca con la mirada)* ¿Dónde está? *(Los SS que rodean a Martín lo obligan a incorporarse, uno de ellos le levanta el brazo.)* ¡Ahí! ¿La escuchó alguna vez?

Martín: *(no contesta. Un SS le mueve la cabeza, negativamente. Al SS)* ¡Déjeme! *(Todos sonrían y mueven las cabezas, afirmativamente. Se apartan. A Franco)* ¿Qué es esto?

Franco: *(a Martín)* Siéntese. ¡Siéntese! *(Martín se sienta. Franco, al resto, como amonestando a unos alumnos)* El que hace escándalo, se va de la sala. *(Señala al grupo de SS, alrededor de Martín)* ¡Ustedes! No incomoden al señor. Respeto. Martín, ¿quiere escuchar a la señorita?

Martín: *(avanza, estallando)* ¡No la moleste! ¡Maldito sea! *(Enseguida, los SS lo rodean y lo vuelven a su lugar brutalmente).*

Franco: *(como si no hubiera visto ni entendido)* No, digo si quiere escucharla.

SS: *(a Martín, con suavidad)* Cállese.

Martín: ¡No me ponga otra vez las manos encima! *(Los SS alzan las manos y las apartan).*

SS: *(disculpándose)* ¡Faltaría más! *(Pero, en seguida, los cuatro se abalanzan sobre Martín, lo sujetan y lo sientan nuevamente. Al mismo tiempo, los presos se ponen las manos en la boca a modo de bocina y gritan).*

Los presos: ¡Queremos escucharla! ¡Queremos escucharla!

Franco: *(a Emma)* ¿Ve? Reacción lógica. Pagaron la entrada. No disguste al público. Después nada los va a satisfacer, se volverán exigentes. No los disguste.

Los presos: *(a coro)* ¡Que toque, que toque, y no se rasque!

Franco: No se lo repito más. *(Le sonrío)* ¡Ánimo! ¡El arte es suyo!

(Emma se sienta nuevamente al piano. Oprime las teclas. Ningún sonido. Alarga el brazo y va tocando todas las teclas, hasta alcanzar la última, solo ésta emite un sonido a hueco. Ruidos obscenos de los presos. Todo tiene un aire ficticio, como de broma estudiantil).

Franco: *(golpea las manos hasta obtener silencio)* Ahora, la distinguida concertista, aquí presente, nos deleitará con una pieza de su repertorio. *(A Emma, en secreto)* ¿Cuál? Bueno, cualquier cosa. *(Emma se levanta, intenta caminar, Franco la obliga a sentarse, la golpea amigablemente en la cabeza y, al hacerlo, le desprende la peluca. La sostiene un momento, con aire divertido, y la deposita sobre el piano).*

Los presos: *(a coro, como chicos)* ¡Pelada, pelada, pelada!

Martín: *(se libera de los SS, da unos pasos, grita)* ¡Déjenla tranquila!

Emma: ¿Por qué hace escándalo ese señor? ¡Que se vaya! ¡Cuentero!

SS: *(junto con los otros, sujeta a Martín, lo arrastra hacia el asiento, esta vez con una brutalidad feroz. Reprocha con una cortesía ofendida)* Será expulsado de la sala. ¿Dónde cree estar? *(Lo mantienen sujeto, tapándole la boca).*

Franco: ¡Silencio! *(A Emma)* Toque. Un caso así, imprevisto, no debe amedrentarla. Yo le enseñé. *(Baja de la tarima y vuelve a sentarse en uno de los bancos. Emma coloca las manos sobre el piano y comienza a imitar con la voz el sonido del piano, pero son como*

notas sueltas y las emite sin entonación alguna. Al mismo tiempo, le resulta inaguantable el escozor y se rasca subrepticamente, con violencia).

Los presos: ¡Bluff, bluff!

(El SS, cabeza de fila, se vuelve hacia los presos, los mira sin levantarse).

SS: (grita) ¡Silencio! *(Bruscamente, se incorpora, feroz)* ¡Silencio, perros! *(Los presos se desconciertan. Se miran entre ellos, temerosos. SS, amable)* Así me gusta.

Franco: *(se levanta, encogiéndose de hombros)* ¡Lamentable!

(Se acerca a Emma, le murmura unas palabras al oído. Ella lo mira espantada, él sonríe, y vuelve a su asiento. Emma simula tocar el piano con gestos ampulosos y tararea la gran polonesa de Chopin).

Franco: *(se levanta, aplaudiendo)* ¡Bravo!

Los presos: ¡Bis, bis, bis! ¡Bis, bis, bis!

Emma: *(hace una vacilante inclinación ante el público, mira a Franco, buscando una indicación).*

Franco: *(ordinario)* ¡Dele otra!

(Emma se sienta nuevamente al piano y comienza a tocar el piano en la misma forma. A un momento dado, el SS, cabeza de fila, hace una señal a los presos y éstos comienzan a cantar, a boca cerrada y suavemente al principio, pero van aumentando el volumen con la evidente intención de cubrir la voz de Emma. Ella alza la voz también, pero a pesar de sus esfuerzos, cada vez más desesperados, el coro de los presos termina por sepultar su voz. A una señal dada por el SS, los presos cesan de cantar bruscamente. Emma sigue simulando la ejecución, pero aunque abre la boca, solo se escucha un hilo de su voz enronquecida. Franco comienza a aplaudir).

Los presos: *(mecánicamente)* ¡Bis, bis, bis!

Franco: ¡No, suficiente! ¡Qué aguante! *(Se acerca a Emma, cambia de tono)* ¡Encantador, querida! ¡Muy buena ejecución! Se ha superado. Mis felicitaciones. *(Le besa la mano. Confidencial)* Querida, salude al público.

Los presos: ¡Con las flores! ¡Que nos tire flores!

Franco: ¿Por qué no accede, querida? *(Le coloca el ramo en la mano)*

(Ella sujeta el ramo y arroja unas flores, pero los presos permanecen impassibles, como si hubieran concluido una parte asignada. A otra señal del SS, se levantan ordenadamente, y salen arrastrando los pies, en hilera. Los SS los siguen, custodiándolos, incluso los cuatro que sujetaban a Martín).

Franco: *(a Martín)* ¿No saluda a nuestra concertista? Le alegraría mucho. Acérquese. *(Martín se incorpora y se acerca a la tarima)* Felicítela. Dígale que ha estado soberbia. *(A Emma)* Y usted, tiéndale la mano. *(A Martín)* ¿O prefiere la mejilla? *(Sonríe)* Más íntimo. *(Seco)* Menos peligro de contaminación... quizás. *(Emma y Martín no*

se mueven) ¡Vamos! ¿No le gustó la interpretación? Demasiado exigente. (A Emma) ¡Y usted, déjese de rascarse, querida! (Ríe) ¿Quiere que le pase otro poco de agua?

Emma: (con terror) ¡No, no! No me rasco. Me pasó. Absolutamente. Los nervios. (Con vacilación, le tiende la mano a Martín).

Franco: (brutalmente) ¡Esa mano podrida, no! (Emma cierra la mano y la aparta. Tiende la mano sana. Franco, a Martín, autoritario) Felicítela.

Martín: La... la... (trata de hablar, no puede).

Franco: ¿Qué pasa? ¿Perdió la lengua? (Le sujeta el rostro y se lo tira hacia atrás, hasta que Martín lo aparta de un manotón. Suavemente) Cuidado, ¿qué hace? ¿Por qué esa grosería? ¿Quiere perder el puesto? (Huele. Como gozando) ¡Qué olor! ¡vuelve el olor! ¡Empiezan a quemar otra vez! (Martín se lleva la mano a la boca ahogando un grito y cae al suelo) ¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? ¿El olor? ¡Levántese! (Intenta alzarlo) Los chicos vuelven a quemar perros, perros muertos. ¡En qué momento! (Bajo, tiernamente) Salvajes... (Martín se aprieta la boca para ahogar el llanto, intenta abrazarse a las piernas de Emma).

Emma: (con terror, apartándolo) ¿Por qué llora? (A Franco) ¡Sáquemelo de encima!

Franco: (como a través de una distancia, alejado) Tenía que divertirse. (Con una amenazadora tristeza) Organizamos todo para divertirlo. ¿Por qué fracasamos?

Emma: ¡No fracasamos! Es un tonto. (Se inclina hacia Martín, le busca el rostro. Ansiosamente) ¡Diga que se divirtió! Fue una broma para usted. No me pica nada. Me rapé. Me gusta estar pelada. Por las pelucas. ¡Diga que se divirtió! Y yo también gocé mucho con la broma. Si no fuera por... ¡por esta maldita picazón!... (Se rasca salvajemente).

Franco: (con una ingenua esperanza) ¿Sí? ¿Se divirtieron?

Emma: (en un grito) ¡Sí! ¡Diga que sí! ¡Ay! ¡No puedo, no puedo... aguantarla! (Se tuerce, rascándose, y finalmente, no puede aguantar más el escozor insoportable y se arroja al suelo, rodando y arañándose. Martín alza la cabeza y la mira. Emma se agobia en un rincón, llorando ahora como una niña, con sonidos entrecortados).

Franco: (se inclina hacia Martín y le pone la mano sobre el hombro) ¿Se divirtió? (Un silencio).

Martín: (erguido de rodillas, mira a Emma, que solloza) Me divertí... mucho... mucho... mucho...

ESCENA 4

En escena, como únicos muebles, un bastidor de bordar, de pie, y su taburete. Solo que este taburete, demasiado alto, pintado de negro, no parece corresponder al bastidor y semeja, más bien, un banco de dibujante. Martín y Emma. Martín está sentado en el suelo, rodeado de gran cantidad de papeles y carpetas, escribe sobre una pequeña tabla apoyada en las

rodillas. Emma está bordando, erguida, con gestos que se inician con gran elegancia y que concluyen torpemente: maneja la aguja con la mano izquierda. La derecha está cubierta con un sucio vendaje. Se rasca, pero con menor frecuencia. Se escucha música funcional. Un silencio.

Emma: ¡Qué torpe soy con la mano izquierda!

Martín: ¿Cómo sigue?

Emma: Mejor. Franco me puso pomada. Verdadera pomada.

Martín: ¿Y eso le curó la mano?

Emma: ¡Sí, sí! Está un poco hinchada, pero... sin... ¡no tiene nada! ¿Quiere que le muestre?

Martín: No. ¿Quién la lastimó?

Emma: (*con sospecha*) ¿Qué insinúa? ¿O piensa que voy a dejarme cortar la mano con un cuchillo?

Martín: Pensé que la habían lastimado.

Emma: (*agria*) ¿Cree que soy tonta? (*Amanerada*) ¡Con lo que cuido mis manos! (*Se las acaricia*) Dedos de... oro. (*Bruscamente*) Franco me dijo que desconfiara.

Martín: ¿De quién?

Emma: Le fue con cuentos. Precisamente a él, que se desvela, me atiende como a la niña de sus ojos. (*Triste*) ¿Por qué hizo eso?

Martín: (*manso*) No hice nada.

Emma: Sí, discúlpese. Justo en el concierto, delante del público. ¡Gente tan gentil! (*Como si soñara*) Una dulce bondad que atempera las crueldades...

Martín: Me arañaron.

Emma: (*desconcertada*) ¿Dónde?

Martín: En la cara. Me taparon la boca.

Emma: Algo habrá hecho. Gritaba. Yo lo escuché.

Martín: El piano no sonaba.

Emma: ¿Y qué? Un accidente. No criticaré a nadie.

Martín: (*deja la tabla en el suelo*) ¿Cómo vino a parar aquí?

Emma: (*asustada*) ¡Siga trabajando!

Martín: Quiero saber...

Emma: ¡No contestaré a ninguna pregunta! (*Angustiada*) ¡Lo pusieron allí a trabajar! Siga o cierre la boca. Después me acusan de que distraigo a... (*no sabe qué decir*), a todos.

Martín: (*recoge la tabla y la lapicera*) Bueno, ¿y ahora?

Emma: Trabajando en el jardín. Me despellejé con la tijera de cortar rosas. Se me hizo una llaga. Pero Franco lo tomó muy bien. Ninguna cuestión. Es tan comprensivo, ¡un amor! Ya casi no me rasco. ¿Se dio cuenta, no?

Martín: Sí.

Emma: Tomé baños fríos, como... *(Se olvida. De pronto, aterrorizada)* No. ¡Baños, no! Van a bañarse y... *(Sonríe. Con desconcierto)* se olvidan de... *(termina con un gesto desvaído)*.

(Se escuchan de pronto feroces ladridos, tableteos de ametralladora).

Martín: ¿Qué es eso?

Emma: *(con prisa)* Una cacería de zorro, ¿no lo invitaron? Yo antes no me perdía una, pero ahora... con esta picazón... y esta mano inútil. Inútil no, puedo trabajar. Me apasiona la caza. ¿A usted, no?

Martín: *(deja de trabajar, atiende angustiado)* No.

Emma: *(con urgencia)* No, no. No deje de trabajar. Es preciso cumplir. ¡No deje que me acusen! Yo bordo. Una cabrita. Venga a ver. *(Recapacita)* No, quédese ahí.

Martín: *(deja caer la lapicera)* ¿Qué sucede?

Emma: *(se aproxima a él, le acerca los papeles, le pone la lapicera en la mano)* No tiemblo. Tenga.

Martín: No tiemblo. ¿A quién persiguen?

Emma: ¡Pero trabaje! No sucede nada. Franco me contó una película. Los caballos, los caballeros, los jubones, las botas relucientes...

Martín: ¿A quién persiguen?

Emma: Los látigos...

Martín: Son ametralladoras. Dejaban las puertas abiertas... Se creían libres. Parecía mentira, pero la realidad estaba: las puertas abiertas, las sonrisas invitando a salir...

Emma: Claro, gozan mucho cazando... Escriba, debo terminar mi bordado. ¡Sujete la lapicera!

Martín: Salían y los otros acechaban, encendían los focos, el blanco abundante y perfecto.

Emma: No, no. Así se caza la liebre. Ésta es una cacería de zorro, le digo. Más distinguida.

Martín: ¿Zorro? *(Ríe con angustia)*.

Emma: ¡Por fin entendió! Imagínese, en una cacería el zorro no puede estar ausente. Pierde el aliento, le estallan los pulmones, pobre bestia. *(Triste)* ¿Cómo se sentirá un zorro? No podemos saberlo. *(Se escuchan ladridos feroces, órdenes brutales)* La jauría, ¿escucha? ¡Cómo gritan! Se exacerban. Es un deporte apasionante. *(Nerviosa)* Y Franco es tan hábil deportista, practica de todo, natación, remo, caza mayor, jabalíes

en el sur... *(Martín deja caer la tabla y la lapicera. Ella le coloca la tabla sobre las rodillas, intenta hacerle sujetar la lapicera. Él está tenso hacia los ruidos. Tiembla y la lapicera se le escapa de entre los dedos. Emma insiste, trata de guiarle la mano. Al mismo tiempo continúa hablando en un tono de fingida superficialidad)* Es un muchacho con muchas condiciones. Un portento. ¿Nunca fue a ninguna?

Martín: No.

Emma: *(sigue el mismo juego)* Los galgos con las orejas paradas, husmeadores, y el zorro corre, no hace más que correr. Apenas una se mueve en la fila, los perros atacan, y el zorro acarrea piedras y no puede más. Pero si cae, será el fin. Apasionante, ¡le digo que es apasionante!

Martín: Se los comen...

Emma: Sí, ¿para qué van a cazar, si no?

Martín: Los apartan a garrotazos porque comen la carne fétida y miserable de los cadáveres...

Emma: ¿Quiénes? ¿Los muchachos? Sí, acá también son traviesos, pero es deliciosa... la carne... *(Con una sonrisa exasperada)* ¡Ay, cómo gritan! Están en el bosque y... es demasiado... ¡Qué manera de entusiasmarse! Pierden el control.

Martín: *(se levanta, angustiado)* ¡No aguanto más! Voy a ver.

Emma: No sea tonto. Trabaje. La noche está oscura. Cazán de noche, ¡qué locos! Después los quemán.

Martín: *(la abraza)* ¡Cállese...!

Emma: Ah, ¿me abraza? ¡Si nos viera Franco! No es mi novio, es mi amigo de la infancia..., pero se lo debemos decir. *(Ríe)* ¡Se pondrá muy contento!

Martín: ¡No desvaríe!

(Los tableteos de ametralladora se oyen más a la distancia, cesan).

Emma: ¡No me aparte! ¡Estábamos tan bien!

(Entra Franco, lleva el mismo uniforme, pero la chaqueta de SS ha sido sustituida por una chaqueta de cazador, trae una escopeta bajo el brazo)

Franco: *(ríe)* ¡Ah! Los dejo solos, ¡y en qué se entretienen! *(Bromista, a Martín)* Usted, ¡ahí! *(Señala hacia el montón de papeles en el suelo)* ¿Cuándo va a ordenar todo? *(Busca a su alrededor)* ¿No hay una silla? ¡No puedo más! Agotado. ¡Qué manera de correr! *(Se sienta en el taburete, es evidente que no está cansado. Una pausa)* ¿Y? ¿No preguntan? ¿No escucharon nada?

Emma: *(intenta hablar, no puede, recupera la voz)* ¿Ca... cazaron?

Franco: Sí. *(Una pausa. Brusco)* Salga y mire.

Emma: *(mira a Martín, lo señala indecisa)* ¿Él?

Franco: *(tajante)* No. Usted.

Emma: No. Gracias, Franco. Las pobres bestias sangrando y... blancas, se ponen blancos en seguida... No lo soporto. (*Empieza a rascarse*).

Franco: ¡Ah, no! ¡Habíamos quedado en que estaba curada!

Emma: (*aparta las manos del cuerpo*) Lo estoy. El amigo... (*Grita*) ¿Cómo se llama?

Martín: Martín.

Emma: Puede decirlo. Charlamos y nunca... (*va a acercar la mano al cuerpo*).

Franco: (*sonríe*) Se muere por rascarse. No es muy femenino, pero... Rásquese, querida, por mi no se violente.

Emma: (*anhelante*) ¿De... de verdad?

Franco: Dese el gusto. Vamos. (*Emma se rasca ferozmente un segundo. Franco, frío*) Ahora, salga.

Emma: No. Más tarde. Tengo que terminar el... (*señala el bastidor*)

Franco: (*sin acritud*) Estaba charlando, se hubiera acordado antes. (*Bromista*) Lo termino yo.

Emma: (*ríe*) ¡Usted! Es un bordado casi invisible, hay que tener el pulso muy firm... (*Se dirige hacia el bastidor. Cuando pasa al lado de Franco, este estira el brazo, sin dejarle concluir la frase, y la hace dar media vuelta hacia la puerta*).

Franco: ¿No entiende? Salga y mire.

Emma: ¿Para qué?

Franco: Hay una montaña de animales delante de la puerta. Si alguno le gusta, puede llevárselo. Nosotros aprovechamos todo. Pelos, uñas, piel, cuero, todo. ¡Vaya!

Emma: No, no. Deje, Franco... Sinceramente le digo que no necesito nada.

Franco: (*feroz*) ¡Salga!

Martín: (*toma la mano de Emma*) Venga... yo la acompaño.

Franco: Usted no.

Emma: (*desolada*) No, deje... Yo sola... Me dijo a mí sola. Cada uno va solo.

Franco: (*ríe*) No, querida, ¿qué piensa? Martín tiene mucho trabajo, no adelanta. Mañana a la mañana tendrá tiempo. Hemos cazado para todos. ¡Puf! ¡Qué abundancia! Mañana, Martín también elegirá su pieza, se la comerá, si quiere. Las dejamos toda la noche al rocío, faisandée. (*Ríe. Abre la puerta, amablemente*) Querida, si gusta...

Emma: (*sin moverse*) Sí, voy.

Franco: (*como jugando, le apunta con la escopeta, bromista*) Vaya.

Emma: (*a Martín*) A... adiós.

Martín: ¿Adónde va?

Franco: Pero, querida, ¡no la condenamos a muerte! ¡Qué solemnidad! Pensé que le gustaría ver... No crea que nos favoreció la suerte. Caza menor, abundante, pero caza menor. Pelajes oscuros, opacos, cortos, medio atacados por la sarna... Pero buenos huesos, bien patentados... Algunos dientes recuperables... Querida, entra frío... *(Una pausa de espera. Emma sale. Franco se frota las manos, ríe, cómplice)* ¿Intimaron? ¿Me costó, eh? Es tieso, usted, orgulloso. Es una linda chica. ¿Perdió la lengua?

Martín: No.

Franco: *(señalando los papeles en el suelo)* Vamos, muéstreme, ¿cómo anda eso?

Martín: ¿Cómo quiere que ande?

Franco: ¡Señor, qué desapego! ¡Parecía tan competente! Muéstreme sus progresos.

Martín: ¿Se está burlando?

Franco: *(sincero)* ¡Que reviente si...! Algo habrá organizado.

Martín: ¿Qué? Son papeles viejos, hojas arrancadas, datos de distintas compañías, ¿qué quiere que haga? ¡Usted sabe bien que no se puede organizar nada con esto! *(Desesperado)* ¿Y para qué?

Franco: ¿Cómo para qué? Necesitamos orden. ¿O cree que le pago para tirar la plata? *(Hojea las hojas sin ningún interés, las arroja por el aire hacia cualquier lado. Indiferente)* Yo creo que está completamente perdido.

Martín: Sí. *(Grita)* ¿Qué sucedía afuera?

Franco: ¡Y bueno! Era de esperarse. Nadie aguanta. ¿Quiere que rescindamos el contrato? ¿Qué sucedía, me preguntó? La caza. Esporádicamente, cazamos.

Martín: ¿A quiénes?

Franco: Nos abandonan. No me refiero a los empleados, soportan el caos. Pero el personal jerárquico, no. Demasiado desorden. *(Revuelve todo)* ¿Y los dibujos de los chicos?

Martín: Los guardé.

Franco: ¿Para qué?

Martín: *(triste)* Para mí.

Franco: ¡Ah, qué sentimental! ¡Exquisito! Rescindo el contrato. Ya está, lo decidí.

Martín: ¿Qué significa?

Franco: ¿Cuándo se quiere ir?

Martín: *(estúpido)* Hoy.

Franco: ¡Qué pena! Había simpatizado con usted. Dejó el chicle. Ese vicio repugnante. *(Lo palmea)* Sí, había simpatizado con usted. Usted conmigo, no, ¿verdad? ¡Este uniforme de mierda! Le liquidé el sueldo.

Martín: *(con desconfianza)* No me debe nada.

Franco: Sí, sí. Se portó bien. Eficiente. No es culpa suya si fracasó. Nos dejamos estar, se armó un embrollo de puta. *(Le tiende un sobre)* Para usted. *(Después de una vacilación, Martín toma el sobre, pero no lo abre, lo estruja nerviosamente. Franco)* ¡Ábralo!

Martín: *(abre el sobre, mira el contenido. Desconfiado)* Es mucho. No quiero.

Franco: No se fije. Llenos de plata. *(Bruscamente)* ¡Pero se la lleva!

Martín: ¿A quién?

Franco: *(grosero)* ¡A ella! Estaban bien acaramelados, ¿eh? ¿Y entonces? *(Cambia de tono)* Yo no la aguanto más. Que la cargue otro. Vino por un día y... *(se rasca)*, se pegó. Tengo miedo de que contagie a los chicos. Usted la puede dejar por el camino, en un hotel. Instálela bien, no en cualquier lado. ¿Tiene plata?

Martín: Sí.

Franco: ¡No la aguanto! ¡Siempre rascándose! ¡Y esos aires de primadona! ¿Quién se cree que es? ¡Y pretende, cada vez que la veo, que le bese esas manos podridas! A mí me tiene podrido, ¡a mí!

Martín: *(desconcertado)* ¿A... a usted?

Franco: Sí, se llevó la gran sorpresa, lo apuesto. Parecía al revés. No, no. Yo soy la víctima.

Martín: Ella... ¿ella puede salir?

Franco: ¡Le digo que me la quiero sacar de encima! ¿No ve? *(Se rasca)* Hablo de ella y me persiguen las pulgas. ¡Roñosa! *(Recapacita)* No, no, roñosa son palabras mayores. Yo no sé qué tiene, siempre rascándose. Pero... por lo demás, es una buena chica, muy servicial... Se lo ruego, hágame ese favor.

Martín: *(con una sonrisa vacilante, levemente esperanzada)* Sí, me la llevo... Usted dice que nos podemos ir... ¡y bueno!, me la llevo...

Franco: *(en un arranque)* ¡Gracias! *(Le toma las manos y se las besa)*.

Martín: *(lo aparta)* ¿Qué hace?

Franco: *(contentísimo)* ¡Libre de pulgas! Hay un jabón... *(trata de recordar, restallando los dedos)*, sar... sar... ¡sarnífugo! Cómprselo. Después, una vez que entre en confianza, le puede hacer tocar el piano. Es una bestia para tocar el piano, pero divierte. *(Se abre la puerta y Emma es empujada al interior. Viste un tapado oscuro, largo y fuera de moda sobre el camisón. Sigue descalza. Tiene una pequeña valija negra en la mano)*.

Franco: ¡Querida! ¿Ya lista? ¡Qué prisa por dejarnos! *(Se acerca y le besa las manos. Cierra los ojos)* ¡Cómo extrañaré su música! Hemos pasado tantos buenos momentos. Dígame algo, consuélame. *(Humilde)* Hágame una caricia...

(Emma tiende la mano, con temor, con una especie de repugnancia invencible, hacia la cabeza de Franco, que permanece inclinado. Acerca la mano, la aparta lentamente, sin tocarlo).

Franco: *(como si hubiera recibido la caricia)* Gracias. *(Sonríe, natural)* ¿Vio nuestra caza? ¿Qué le pareció?

Emma: ¿Si... si los vi...? *(Va retrocediendo lentamente y, poco a poco, empieza a reír como si la pregunta la divirtiera de una manera imprevisible, hasta concluir en una risa interminable, histérica).*

ESCENA 5

Interior de la casa de Martín. Es un ambiente sencillo, con una mesa y varias sillas, una de ellas volcada. Sobre la carpeta de la mesa, unas tazas y, en el otro extremo, varios cuadernos y útiles escolares. Dos puertas, una exterior, otra interior, que conduce a la cocina y a otros cuartos. Una ventana.

Entran Martín y Emma de la calle. Martín, sin sobretodo, guantes ni bufanda, deposita sus dos valijas sobre el suelo. Emma sostiene su pequeña valija negra y calza unos holgados zapatos de Martín.

Martín: ¿No hay nadie? Espere, voy a ver. *(Desaparece por la puerta interior).*

Emma: *(se sienta, sin abandonar la valija, musita)* ¡Groseros! Podían haberme dado zapatos. *(Se los saca. Abstraída)* Tienen montañas de zapatos, de pelo... *(Se toca la cabeza, se levanta bruscamente).*

Martín: *(vuelve)* No están. *(Toca una de las tazas sobre la mesa. Con lentitud)* La taza está caliente.

Emma: *(aterrorizada)* ¿Desaparecieron?

Martín: *(ríe)* ¡No! Habrán salido un momento. *(Endereza la silla. Tiende la mano hacia la pequeña valija negra de Emma)* Deme.

Emma: *(la aprieta)* No, no. Cada uno lo suyo. Tome sus zapatos. *(Los empuja hacia Martín)* Yo cuido mi valija.

Martín: Como quiera. Siéntese. *(Le ofrece una silla. Emma se sienta)* ¿Está mejor?

Emma: Sí. Podré tocar el piano. Un poco de estudio, unos ensayos, y... ¡otra vez! *(Alza la mano sobre la mesa, como si fuera a tocar el piano, pero el gesto la entristece vagamente. Deja la mano inmóvil en el aire. Luego se rasca la mejilla, suave, lentamente).*

Martín: *(con súplica)* No, no empiece.

Emma: *(se advierte que es verdad esta vez)* Es raro, no me pica. *(Se rasca mecánicamente con una mano, mientras que con la otra, vendada, sujeta la valija contra el pecho).*

Martín: Voy a buscar una pomada.

Emma: No vaya. Estoy bien. *(Con esfuerzo, deja de rascarse. Se escucha la misma algarrabía de chicos del comienzo, pero, naturalmente, sin órdenes ni gemidos).*

Martín: *(se acerca a la ventana, observa hacia afuera)* No hay nadie. *(Una pausa)* ¡Ah, sí, chicos! No están mis hermanos. *(Se vuelve hacia Emma)* Tengo un montón de

hermanos, todos más chicos que yo, así. (*Señala una escalera. Se acerca a la mesa*) Dejaron los deberes a medio hacer... (*Como sin querer, los empuja al suelo y no los recoge*) Se escaparon a jugar. La taza está caliente. ¿Cómo se llama?

Emma: ¿Yo?

Martín: Sí.

Emma: ¿Usted Franco, no?

Martín: No. ¡Martín!

Emma: ¡Sí, sí! (*Cruza las piernas, mira a su alrededor con aire crítico*) Su residencia es más bien modesta.

Martín: Lo siento.

Emma: (*ajena*) Eso dicen.

Martín: Después podrá irse.

Emma: Sí, ¡cuando empiece con las giras...! No me verá más el pelo. (*Se toca la cabeza*) ¿Me crecerá pronto el pelo?

Martín: Sí.

Emma: (*con desasosiego*) ¿Cómo juegan los chicos! (*Una pausa*) ¿No puede hacerlos callar?

Martín: ¿Por qué?

Emma: Nada. Decía. Me cuesta... habituarme.

Martín: ¿Quiere comer algo y descansar?

Emma: ¡Bueno! Comer no. (*Como si pidiera algo imposible*) Me gustaría... una taza de té. (*Señala las tazas*) Me dio... antojo. (*Con desconfianza*) ¿Puede ser?

Martín: Se la preparo.

Emma: ¡Espere! Primero debo desempacar. Ayúdeme. (*Amanerada*) No, me arreglo sola. Usted no es mi doncella. Mi secretario se encargó de las valijas. Hace rato que no tenía una valija en la mano. (*La acaricia*) Quizás... mezcló todo, los tapados y... los frascos de perfume y... las partituras... y... (*Se escuchan ladridos desde la calle. Emma, asustada*) ¡Hay perros! ¡Franco, también aquí hay perros!

Martín: Los de la calle. Martín, dígame Martín.

Emma: (*sin escucharlo, angustiada*) Creía que no iba a encontrar más perros, en ningún lado, en ninguna calle, ni siquiera en las tumbas...

Martín: (*con una especie de furia, exasperado*) Son perros que no muerden, perros tontos, no saben obedecer. Éstos no saben obedecer, juegan todo el día y, de cachorros, hacen destrozos, comen las medias, destripan los colchones, guardan un huesito miserable en las macetas y escarban como tontos que son y dejan las raíces al aire, ¡al aire! (*Grita*) ¡Son perros estúpidos!

Emma: ¡No, no!

Martín: (*se domina*) Sí, mire. (*Se acerca a la ventana, mira*) Es un perro viejo, pelado.

Emma: (*tensa*) Pelado, ¿qué quiere decir?

Martín: Nada. Es un perro cualquiera. (*De pronto, entre la algarabía de chicos y antes de que vaya cesando poco a poco, pasa como un grito de dolor*) ¿Escuchó?

Emma: (*firme*) No. Su familia, ¿qué hace? ¿No avisó que llegaría?

Martín: Sí. No sé por qué dejaron la casa sola, pero los chicos suelen escaparse...

Emma: (*incrédula, bajo*) ¿Es posible?

Martín: (*le advierte con tristeza*) Escaparse a la calle, a una plaza... Corren detrás de una pelota. (*Sonríe*) Yo mismo he ido a buscarlos muchas veces, los traía de una oreja...

Emma: (*agria*) ¿Y ahora? ¿Por qué no va ahora? ¡Qué recibimiento! No pienso vivir acá, a solas con usted. La maledicencia corre rápido. Esta casa es demasiado modesta, no estoy acostumbrada. Resérveme habitaciones en un hotel.

Martín: Descanse un poco primero.

Emma: (*nerviosa*) Sí, sí, ¿qué he hecho todo este tiempo sino descansar?

Martín: Le conseguiré otras ropas.

Emma: (*golpea la valija*) ¡Acá tengo!

Martín: (*va hacia la cocina*) Voy a traerle té.

Emma: No se moleste. No quería ofenderlo. (*Con temor*) Franco, no quería ofenderlo.

Martín: (*aparece en la puerta de la cocina*) No me llamo Franco. Me llamo Martín. (*Dulcemente*) Martín.

Emma: (*humilde*) Sí. Olvido siempre los nombres. No tiene que molestarse por eso.

Martín: (*vuelve a la cocina*) No.

Emma: (*nerviosa y como divertida*) Una vez me corrieron tanto los perros que creí morirme. Bajé del tren, todo oscuro, había tanta gente, y había quien tenía hambre, o sed, o ganas de... , y chicos, chicos apretaditos como en latas de sardinas... y bajé. ¡Me comí los escalones! (*Ríe*) No los vi, a ciegas como una ciega de nacimiento que ve la luz. Y me saltó encima un perro enorme y me mordió, adivine dónde. Fue una suerte, pero... igual no tenía mucha carne y me dolió... ¡Una zona tan necesaria! (*Ríe histéricamente*).

Martín: (*entra con la taza*) Beba el té. (*Lo coloca sobre la mesa y permanece al lado de Emma. Con un gesto de compasiva ternura, le coloca la mano sobre el hombro*).

Emma: (*termina de reír*) Muy amable. (*Con sospecha, mira la mano apoyada en su hombro*) ¿Qué es eso?

Martín: (*aparta la mano*) Beba el té.

Emma: *(bebe)* Delicioso. Caliente, delicioso. No recordaba el sabor. *(Con disgusto)* Pero no es té inglés.

Martín: No.

Emma: Es el único que tolero. *(Desdichada)* ¿Por qué lo habré bebido?

Martín: *(vuelve a mirar por la ventana)* Se fueron todos los chicos. Todos. *(Con una especie de alivio)* Pero apareció la gente. Por fin... Una pareja, y hombres que van a trabajar... *(Ve algo que lo hace reír)* Un gordo resbaló y todos ríen. Venga a ver qué risa. Es para guardarla en una caja fuerte. *(Se aprieta los ojos)* No ¿qué digo? *(Se aparta de la ventana. Breve pausa)* ¿Quiere más té?

Emma: *(conmovida, con una tímida espontaneidad que no ha tenido nunca)* No. Gracias. *(Martín la mira, sonrío. Emma, en la misma forma)* Tiró los cuadernos al suelo. *(Se inclina y recoge uno. Martín se inclina también y los recoge. Los acomoda nuevamente sobre la mesa.)* Manchó el forro con tinta. La maestra va a rezongar... *(Cambian una breve y triste sonrisa.)* ¿Cómo se llama?

Martín: Martín.

Emma: *(le acaricia suavemente la mano que Martín apoya sobre la mesa. Con tristeza)* No conozco a nadie, por eso no retengo ningún nombre, me cuesta...

Martín: Nóbreme.

Emma: *(hace un esfuerzo)* Mar...

Martín: *(ayudándola)* Martín.

Emma: Sí, ahora sí. *(No lo nombra)* ¿Me crecerá pronto el pelo?

Martín: *(sonríe)* En un mes.

Emma: ¡Tanto tiempo!

Martín: Quince días, una semana.

Emma: ¡Es mucho tiempo!

Martín: Mañana.

Emma: ¿Mañana?

Martín: Ahora. Ahora crece.

Emma: *(se toca la cabeza, sonrío débilmente)* Ahora no. No soy tan tonta. Ahora es un engañosobos. No pasa nada bueno.

Martín: Sí, lo otro terminó.

Emma: ¿Para todos?

Martín: No sé.

Emma: *(tristemente)* ¿Y si no sabe...?

Martín: *(le aprieta el hombro)* Terminó, le digo.

Emma: Bueno. Voy a abrir la valija. Quiero cambiarme de ropa. ¿Tiene un cuarto libre? Es tranquila esta casa. Se puede creer que todo está... bien...

Martín: *(señala)* Allá hay un dormitorio.

Emma: Quiero cambiarme... Sacarme esto. Siempre el mismo vestido... Necesito cambiar de color... Calzarme. Yo... yo tenía un vestido rojo. *(Coloca la valija sobre la mesa, la abre, va a poner la mano adentro y la retira. Su rostro cambia).*

Martín: *(se acerca)* ¿Qué hay?

Emma: *(la cierra de golpe. Amanerada)* ¿No le dije? ¿Quién preparó la valija? ¿Usted no sabe? ¿Mi secretario o mi doncella? No, mi secretario, no hay como los hombres para eso. *(Martín se acerca y abre la valija. Emma, lo aparta)* ¡Deje! Un solo vestido, ¡y de fiesta! ¿Pero qué creen? ¿Que no tengo vida privada? ¿Que no necesito camisones, déshabillés, vestidos, otros zapatos? ¡Es bonito! ¡Mire! *(Saca de la valija un camisón exactamente igual al que lleva puesto y se lo extiende por encima).*

Martín: Es una broma estúpida.

Emma: ¿Qué broma? La culpa la tengo yo, siempre dispuesta a dar conciertos, a ofrendar mi arte... ¡a recibir!, a... *(Mientras habla, se ha abierto la puerta de entrada, silenciosamente, y un personaje con cara de cerdo feliz aparece en el umbral. Chista para llamar la atención y se frota las manos, con una sonrisa casi abyecta, de disculpa y satisfacción a la vez. Continúa exasperada)* Ensayos, viajes de un lado a otro, sin detenerse nunca, giras, entrevistas. ¡Ajetreo inmundito! ¡Yo tengo la culpa! *(Como si hubiera advertido la presencia al lado de la puerta y quisiera ignorarla)* Piensan que no tengo vida personal, que... que no puedo enamorarme... estar... oculta, escondida como todos... Afuera hay mucha gente. Usted lo dijo, Fran... *(trata de recordar el nombre de Martín, no lo consigue)* Chicos, y... ¡Un gordo se cayó! ¡Usted reía...!

Martín: *(que ha notado en seguida la entrada del intruso)* Cállese... *(Tenso)* ¿Qué desea?

Funcionario: Perdón. La puerta estaba abierta...

Martín: *(más alto)* ¿Qué desea?

Funcionario: *(disculpándose)* Nada.

Martín: Si no quiere nada, váyase.

Funcionario: ¿Por qué dejó la puerta abierta? Cerrada no hubiera entrado. Digo, ¿quién sabe...?

Martín: ¿Quién es? ¿Qué quiere?

Funcionario: *(abyecto)* Nada. No vengo a vender nada. Mire. *(Le muestra las palmas abiertas. Luego vuelve a frotarse las manos)* Se está bien aquí, calentito.

Emma: *(con una risa semihistórica)* ¡Lo manda Franco! ¡Con esa cara, lo manda Franco!

Funcionario: *(terminante y sincero)* No, no, no lo conozco. Ustedes llegaron ahora y... los vi pasar. *(A Martín)* Al señor lo conozco de vista, ¿usted me conoce, no?

Martín: No. ¡Y no quiero conocerlo!

Funcionario: (*excusándose, untuoso*) Pero estoy... ¿qué remedio le queda?

Martín: ¡Váyase! ¡Está en mi casa!

Funcionario: (*disculpándose. Al mismo tiempo se oyen ruidos, como si arrastraran por el pasillo una mesa o camilla con ruedas de hierro*) Y sí, estoy en su casa. Muy bonita. Si hubieran cerrado completamente...

Martín: (*avanza dos pasos, se detiene luego, como atado. Furioso*) ¡Váyase y cierro!

Funcionario: (*sonríe, suavemente*) Inútil. Quería conformarlo. (*Mira la habitación*) Muy bonita. Ya ven, no me voy, pero tampoco entro. (*Con deseo*) ¿Estaban tomando té?

Emma: ¡Ofrézcale una taza y que se vaya!

Funcionario: (*muy dócil*) ¡Sí, nos vamos cuando quieran! Una taza... me gustaría...

Emma: (*ríe, enloquecida*) ¡Quiere una taza de té!

Funcionario: Sí, pero después.

Martín: ¿Qué quiere?

Funcionario: Una formalidad. Créanme, yo soy una persona tan... tan buena, no quiero molestar a nadie, que todos sean como yo y... (*balancea la cabeza, siempre sin moverse del dintel de la puerta*) y... la verdad, todos felices. (*Los ruidos se acercan. Mira fugazmente hacia atrás*) Prontito. (*Como excusándose*) Acá están... mis muchachos... (*A Martín*) ¿Sus hermanos? ¡Qué crecidos! Ayer nomás eran así. (*Señala*) Y hoy... ¡les crece la barba! (*Ríe. Con un interés amable*) ¿Judío?

Martín: ¡No!

Funcionario: (*idem*) ¿Comunista?

Martín: ¡No! ¡Le dije a Franco que no!

Funcionario: (*como si lo consolara*) Y bueno, será otra cosa... Todos somos algo, es difícil elegir...

(*Ríe, mientras entran tres hombres con aspecto de vigorosos enfermeros. Arrastran una mesa portátil de hierro, con varios instrumentos que no se ven y un calentador encendido. Emma se alza de la silla, arrastrando la valija abierta y el camisón, y va retrocediendo lentamente hasta hacerse un ovillo en un rincón. Se rasca las mejillas y febrilmente comienza luego a doblar el camisón, torpemente intenta acomodarlo en la valija. Uno de los hombres, con extrema naturalidad, acerca un numerador de hierro a la mecha del calentador encendido.*)

(*Los otros se acercan lentamente a Martín, que esboza el gesto desatinado de juntar las tazas sobre la mesa. Una taza se le cae y rompe, y entonces se queda inmóvil, mirando estupidizado hacia el suelo. Los hombres se detienen. Emma comienza a reír suavemente y, poco a poco, la risa se le transforma en un gemido quebrado, bajo.*)

Funcionario: *(refiriéndose a la taza)* ¡Qué pena! Yo podía esperar el té. *(Suavemente)* ¿Está inmunizado?

Martín: *(levanta la cabeza, con una seguridad aterrorizada)* ¿Por eso? ¡Sí! ¡Vacunado! ¡Vacunado contra todas las pestes!

Funcionario: *(idem)* Falta una. *(Una pausa)* Un segundo y listo. No los molestamos más.

Martín: *(con la misma seguridad aterrorizada)* ¡Se van!

Funcionario: Dicen..., pero... Nos cuesta irnos. Está calentito aquí...

(A una señal suya, los dos hombres continúan avanzando lentamente hacia Martín).

Emma: *(sin mirar la escena, absorta en su tarea de doblar y acomodar el camisón dentro de la valija)* Me perdía... Me iba detrás de los paraguas... y entonces... Tenía que tener alguna marca... no podía pasar por el mundo, escaparme como una sonrisa que se borra de una boca... no podía estar sin marca... *(Ríe)* Saber quiénes somos, una pequeña marca... *(En un alarido desesperado)* ¡Martín!

(El Funcionario aprueba, sin abandonar su sonrisa, y mientras tanto, uno de los hombres ha preparado una inyección sobre la mesa portátil. Se le ha caído la aguja al suelo, la ha recogido, la ha calzado nuevamente en el inyector. Silba suavemente, balanceándose. Martín está inmóvil, solo se escucha el ruido de su respiración, como el de un animal a punto de ser cazado. Los otros dos enfermeros llegan hasta él, con cuidado casi femenino le sacan el saco, le arremangan la camisa).

Enfermero: *(con naturalidad)* También camiseta... Está muy abrigado usted...

(Le sonrío amigablemente. La sonrisa es común, completamente distanciada de lo que está sucediendo. Martín se debate de pronto, con una energía salvaje y desesperada que cesa cuando lo inyectan. Grita. Luego permanece como aletargado, vencido. Los otros dos lo sostienen con una especie de bondad, uno de ellos saca un pañuelo del bolsillo y le seca el sudor de la cara. Cuando el hierro está al rojo, el Funcionario abandona su lugar en la puerta, lo toma y se acerca a Martín. Se escucha solo el gemido de Emma que aprieta su pequeña valija).

Telón